

Allá ellos



Daniel Chavarría

ALLÁ ELLOS



EDICIÓN ORIGINAL  
Letras Cubanas, La Habana 1991

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Febrero de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Daniel Chavarría

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro 35-1A  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
GRÁFICAS LIZARRA S.L.  
Tafallako bidea, 1 km.  
31132 Villatuerta - Nafarroa

ISBN  
978-84-15313-05-2  
DEPÓSITO LEGAL  
NA. 199-12



Primera parte  
Los Arnaiz (1917-1949)  
Brasil y EEUU (1970-1974)

EN EL TAPAJÓZ  
(Marzo de-1970)

NACIDO EN EL INTERIOR DEL ESTADO DE PIAUÍ, Ze Bonitinho creció sin domicilio fijo. Durante casi toda su infancia, sus padres siguieron las caravanas del *sertão*, fugitivas de la sequía o las inundaciones. Adolescente ya, en varias ocasiones se sumó a la turba-multa famélica y al asalto de víveres en los poblados.

Ze Bonitinho era analfabeto absoluto. Jamás lo atendieron médicos ni dentistas, ni se sentó a una mesa con mantel y cubiertos. Comía con sus manos y agradecía a Dios cuando un puñado de harina de mandioca le aliviaba el hambre. A los veinticinco años no había dormido aún en una cama. Sus padres y tres hermanos murieron durante la hambruna del 44, y a Luizinho, su único hermano varón, lo mató de un balazo un capataz cuando tenía doce años. Lo sorprendieron robándose unos plátanos en la finca del coronel Parins, en Pernambuco. De sus tres hermanas, la menor se casó a los catorce años con un zapatero de Ceará, que en una borrachera la trucidó a machetazos; y la mayor, María Patrocinio, amancebada con el hijo de un *fazendeiro*, terminó de puta en un lupanar de Bahía. Solo Dolores, que entrara de sirvienta en una casa donde la había preñado un sobrino del patrón, logró salvarse. La recibieron como nodriza, y por aquel vínculo lácteo quedó para siempre bajo la protección de la familia Da Rosa.

Cuando Ze tenía dieciocho años, solo anhelaba encontrar un trabajo estable, comer todos los días y poder colgar su hamaca

bajo techo. A diario rezaba para que Dios no lo dejara caer en el crimen, para que la necesidad no lo empujara al robo.

Una tarde, en un villorrio del interior de Piauí, Ze Bonitinho se encontró con Tomás de Andrade, un pariente suyo que regresaba del Amazonas. Después de algunos años de trabajo en una cauchería, traía reloj de pulsera, un anillo gordo y una cadena de oro al cuello, con una medalla de San Cristóbal. Tomás parecía muy contento de ver a su pariente. Le dio un abrazo, lo invitó a tomar cerveza, *cachaça*, lo que Ze quisiera. En las caucherías Tomás se había enriquecido. Sí señor. Tenía mucha plata y ahora venía a visitar la familia y comprarse una casa al contado. Y el patrón de Tomás le había pedido que le llevara del Nordeste hombres fuertes, trabajadores y honrados, como él.

Pues sí. En el pueblo ya contaba con doce, y si alguien más quisiera hacerse rico y no le tuviera miedo al trabajo fuerte, que siguiera a Tomás.

La idea de una fortuna personal, casa propia, tierra escriturada a su nombre, nunca había pasado por la cabeza de Ze Bonitinho. Después de una vida indigente; después de haber enterrado a sus padres semidesnudos entre el polvo del *sertão* y a Luizinho en un cajoncito de tabla, seguido del llanto de sus hermanas, lo que ahora le ofrecía Tomás de Andrade se le antojaba un milagro; y entre *cachaça* y *cachaça*, cómo no, sí señor, él también se iba con Tomás.

Al otro día, el notario le leyó los términos del contrato, donde lo mencionaba por su verdadero nombre de José Gamos de Andrade, y le entintó los dedos para estampar sus huellas sobre un papel. Para Ze, aquello significaba el inicio de una nueva vida. Por primera vez, gente de corbata y espejuelos lo trataba con respeto y cortesía. La atmósfera de formalidad lo llenó de optimismo; y Tomás le reiteró que con su patrón todo tenía que ser muy formal. Era un señor rico y serio al que le gustaban las cosas por escrito, de acuerdo con la ley, como Dios manda.

Al salir de la notaría, de rodillas ante una imagen de la Virgen de Fátima, Ze agradeció el milagro y se dijo que trabajaría mucho y muy duro para dejar bien parado a Tomás con su patrón.

Ze Bonitinho conoció entonces la soledad de la selva y las fiebres palúdicas. Supo del terror al tigre agazapado en los recodos, lengua gris y fulgor mate en los ojos; del terror a la noche poblada de gritos, a la temible serpiente *surucucú*, a los capataces y a Tomás, el peor de todos.

Durante cinco años Ze hubo de levantarse antes del amanecer, para sajar sus árboles y ajustar bajo la herida los recipientes que recogían el látex. Regresaba al mediodía con el cubo en una mano y la escopeta en la otra, a recolectar la savia de los cuarenta árboles que le habían asignado para explotar desde su puesto, y que en algunos casos se hallaban muy dispersos.

En esos cinco años caminó miles de kilómetros. Cuando la fiebre lo atacaba ningún alimento se detenía en el estómago. Pero aún tiritando, delirante, cada día sangraba sin tregua los árboles y desecaba en el bohío solitario el látex destilado.

Pasaba semanas sin oír una voz humana. Nubes de mosquitos le impedían dormir. Por las noches la sangre le gemía en los tímpanos, juaoo, juaoo, y aquel latido rítmico se convertía en voces ya oídas. Le hablaban sus muertos y una desventurada criatura de la selva aleteaba en su pecho.

Y cuando al cabo de semanas de trabajo bogaba río abajo para entregar sus pelotas de látex al almacén, resultaba que aún debía las herramientas, que aún debía comida y parte de la escopeta, y lo único que sacaba eran humillaciones y amenazas.

Con el tiempo su deuda aumentaba. Una noche de luna en que se vio en un remanso del río, le pareció haber encanecido. Se miró incrédulo un buen rato. Sí, eran canas.

Huyó, pero lo apresaron y recibió muchos azotes. ¿Así que el señor *filho da puta* quería escaparse sin pagar lo que debía? ¿El muy ladrón iba a fugarse con la escopeta del patrón? ¿Para eso venía? ¿Para hacer quedar mal a Tomás?

Ze juró vengarse.

Esperó otro año. Hizo sus preparativos con tiempo. Un sábado en que acababa de entregar el caucho en el almacén, simuló regresar a su puesto; pero cogió por un atajo y se emboscó al acecho de Tomás, que solía emborracharse los fines de semana en la cantina.

Se demoró un siglo, Tomás.

Llegó la noche.

Trepado a un árbol, Ze esperaba que el perro no le olfateara el rastro.

Por fin lo divisó. Allí venía, como siempre, seguido del perro. Ze Bonitinho se persignó despacio.

La faena fue rápida: un machetazo con la derecha y la puñalada con la izquierda. Tomás, que albergaba en el pecho los habituales tragos sabatinos, se desplomó degollado en un charco de sangre, con los ojos abiertos. El perro, al recibir la puñalada, comenzó a gemir y Ze lo remató de un machetazo.

A lo lejos se oyeron ladridos. Había que huir. Se persignó una vez más, y tres veces pidió perdón a Dios por llevarse la escopeta, el revólver y el reloj del muerto.

Caminó toda la noche, y antes del amanecer alcanzó la ribera opuesta del río. Consiguió despistar a los perros y se aproximó al almacén. Allí había escondido unos troncos ya desbastados y unas lianas que trenzara durante semanas, y un poco de harina de mandioca. En cuanto amarró los troncos, empujó la balsa a favor de la corriente y se tendió a respirar hondo. Río arriba, cada vez más tenues, se escuchaban los ladridos impotentes de los perros.

Durante los tres primeros días bogaba de noche y ocultaba la balsa desde el amanecer. Subsistió comiendo harina remojada con el agua del río, y al cabo de una semana desembarcó en el Madeira. Se internó por un caño y la fortuna lo condujo a una zona de *garimpos*, donde el paludismo había despachado al cocinero.

Al principio, mientras los demás escurrían el oro, Ze Bonitinho preparaba la comida, arreglaba las ropas y se ocupaba de la reparación de los picos, palas y mallas para filtrar las arenas auríferas. En pocas semanas aprendió a lavar el oro, y al cabo de cuatro meses tuvo en su poder, por primera vez en su vida, una suma importante. Le correspondieron dos kilos y medio de oro.

Se enamoró de aquel trabajo y ya no quiso otro.

Era un trabajo duro, pero sin jefes: trabajo para hombres sufridos, capaces de dar pico y pala durante horas entre mosquitos diurnos; capaces de soportar la fiebre y no temer al indio bravo, que a veces, impulsado por el hambre, ronda los lavaderos.



Convertido en un *garimpeiro* experto, Ze buscó oro y diamantes en el Tocantins, en el Purús, en el Madeira. Sin embargo, desde el 51 no salió de la cuenca del Tapajoz.

Durante los primeros años, como muchos *garimpeiros* de prestigio, solía gastarse en los poblados, en un par de días, el oro lavado durante meses en la selva. Se lo gastaba en una parranda con putas. Daba de beber a todo el que quisiera. Y al que no quisiera también, si apreciaba su vida.

Y enseguida circulaba el rumor.

¡Ze Bonitinho cerró el Copacabana!

En el lenguaje de los *garimpeiros*, «cerrar» un cabaret significa cerrar sus puertas, para que nadie pueda salir. Todo el que entre, sabe que tiene que beber hasta caerse, a la salud del «cerrador». En lo mejor de la fiesta, el cerrador la emprende a balazos con los bombillos de colores o las botellas de la estantería, mientras la favorita del momento celebra su puntería con risas desdentadas y masajes en la bragueta. Un buen cierre incluye desafíos, ajustes de viejos agravios y hasta ruleta rusa.

En los *garimpos*, Ze Bonitinho conoció los preceptos de la selva, que hizo suyos. «El oro no quiere al hombre tacaño». Quien no tuviera *culhões* para gastarse en una parranda todo el dinero ganado en una temporada; al que le faltaran para cerrar un cabaret, o para despreciar y derrochar el oro, nunca más lo acompañaría la suerte. *O ouro não quer homen tacanho!* Era cosa más que comprobada.

Los mejores lavaderos del Tapajoz quedaban en las faldas de la Serra do Cachimbo, poblada de indios bravos. Pero cuando Ze Bonitinho, perdido el temor a Dios y con treinta años de infortunio, después de cinco en una cauchería y siete en los *garimpos*; después de haber cerrado una docena de cabarets y poblados enteros; de haberse dado bala con los gallos más bravos de los *garimpos* de Ururú; tras dos ruletas rusas (los muertos a un lado y que siguiera el samba o el *baião*); después de todo lo que Ze sufriera en esta vida, no le temía a ningún indio *filho da puta*, ni a *peessoa nenhuma*. Y el haber aprendido algunos conjuros para enfrentar la adversidad, lo hacía más temerario.

En el 53, Ze Bonitinho y otros cuatro *garimpeiros* bragados se adentraron por el Tapajoz hasta las faldas de la Serra do Cachimbo. Cuando ya llevaban dos meses trabajando con excelentes resul-

tados, se produjo el malón. Los atacaron unos cuarenta indios. Los cuatro compañeros murieron. A Ze lo dejaron por muerto; pero se salvó gracias a una oración, con santiguados, que aprendiera de una bruja en el Madeira. Un mes después lo apresaron otros indios, y ya iban a matarlo cuando volvió a operarse el milagro. Un gran poder lo protegía. Estuvo un tiempo prisionero. Poco a poco los indios le fueron dando confianza hasta que lo dejaron libre. Vivió tres años entre ellos y aprendió muchas cosas que ignora el hombre blanco.

Volvió a los *garimpos* en el 57. Trabajó durante otros cuatro años, sin suerte. Por fin, en el 61 consiguió un barranco excelente cerca del poblado de Penedos, y logró lavar, para él solo, doce kilos de oro. Pero esa vez, Ze Bonitinho no cerró ningún poblado, ningún cabaret. Se compró una casita en Santarem, villa ribereña en la confluencia del Tapajoz con el Amazonas; y con el resto montó un bar. Quería sentar cabeza, fundar una familia. Aquella vida aventurera ya no le ofrecía atractivos. Quería vivir en paz.

A los dos años quedó arruinado. Sus antiguos compañeros, los *garimpeiros*, se lo comieron a créditos, y él no tenía corazón para cobrar deudas a la gente que andaba en la mala. Lo único que le quedó fue su casita, y tuvo que volver una vez más a los *garimpos*. Pero esta vez fue un desastre. En una temporada de cuatro meses, solo consiguieron tres kilos entre ocho. Era evidente que el oro le retiraba su cariño. Eso le pasaba por tacaño, por cobarde, por ponerse a ahorrar.

Fue entonces que le ofrecieron trabajo como práctico del Tapajoz, en una estación forestal de la FAO, cerca de Santarem. Ze aceptó de inmediato. El último *garimpo* le había enseñado que ya sus huesos, sus pulmones, no eran los de antes. Alquiló la casa, y con aquel sueldo decidió esperar sin zozobra el inminente atardecer de su vida.

El director de la estación era entonces Charles Reeds, un ingeniero forestal norteamericano, bonachón y sencillo, que a poco se encariñó con Ze. Desde el principio detectó algo muy viril y apuesto en aquel nordestino. Reeds supuso que debía el apodo a sus facciones armoniosas, ojos relucientes y dentadura impecable. Enterado de sus legendarias andanzas por la selva, lo designó su lancharo personal.

Desde la primera excursión, Ze demostró una fortaleza física inusual para su edad, y una salud que Reeds nunca alcanzó a explicarse, a medida que fue conociendo la extrema miseria en que se criara. Llegó incluso a sugerir a un bioquímico de la FAO, una investigación sobre las propiedades de la harina de mandioca, la llamada *farinha*. Por lo que él sabía, era un carbohidrato sin hierro, sin calcio, sin fósforo, bajo en vitaminas y paupérrimo como fuente proteica. Y era el 80% de lo que aquel y muchos nordestinos vigorosos comían en su vida. ¡Inexplicable!

A medida que se fueron conociendo, Ze sacó a relucir otras virtudes: una gran dignidad, una solicitud sin servilismo, y una gracia serena para referir historias, de las que tenía singular repertorio. Pero Ze podía también estarse días enteros en silencio, bogando por los ríos u oyendo crepitar una hoguera. Casi no bebía alcohol en su presencia; y mientras Reeds no provocara el diálogo, Ze callaba, respetuoso y ausente. Aquel analfabeto que salvara tantos infortunios, era en la selva el compañero perfecto.

Charles Reeds, hijo de un hacendado tejano, medía más de seis pies y había jugado fútbol en el colegio; pero sabía que si no tomaba a diario sus pastillas de cloroquina, la malaria haría estragos en él. Era milagroso que Ze pudiese vivir en un medio palúdico sin ingerir medicamentos, soportar las fiebres de pie y hacer trabajos duros entre los vapores inhumanos del clima amazónico.

Ze Bonitinho pesaba treinta kilos menos que Reeds, pero le ganaba a dar hacha en el monte, a correr, a nadar y tenía mejor puntería. Pero Reeds ya había aprendido en la vida a perder sin rencor y Ze, desde niño, a no incurrir en arrogancia. Y así, tras los cautelosos tanteos de la relación inicial, fue creciendo entre ellos un sentimiento de mutuo afecto.

Ze había encontrado en Charles Reeds al único patrón que lo tratara sin rudeza. Sin embargo, ante las atenciones inauditas del ingeniero, supo darse su lugar.

Para las segundas Navidades juntos, Reeds lo invitó a su cabaña de la estación, y lo sentó a cenar con su mujer e hijos. A veces iba a buscarlo para beber juntos en alguna taberna de *garimpeiros*. A Reeds le gustaba incursionar por el ambiente más rudo de Santarem, y a Ze lo halagaba aquella confianza.

Una vez en que la mujer de Reeds fuera de compras al pueblo con un vestido muy escotado, unos *garimpeiros* que andaban de parranda le gritaron una obscenidad. Ze conoció el incidente por el chofer, y sin decir para qué, le pidió permiso a Reeds para ir hasta el pueblo. Hizo que el chofer le diera las señas y se apareció en la taberna donde bebían los insolentes. Se les sentó a la mesa, preguntó cuál era el hijo de yegua que se había metido con la señora del ingeniero Reeds; y revolver en mano, los invitó a que sacaran los suyos para comer un poco de plomo entre los cuatro. Enseguida otra gente se puso de su lado y los hombres no se atrevieron a aceptar el desafío. Desde ese día quedó claro en Santarem que si alguien ofendía a Reeds o a su familia, tendría que vérselas con Ze Bonitinho.

Entre el personal de la estación, Ze era respetado por la fidelidad a su jefe. Sin pasar por adulón ni chivato, en su presencia nadie se atrevía a murmurar, ni en broma ni en serio, opiniones que agraviasen la dignidad del director.

Para Reeds, aquel nordestino tenía un solo y gran defecto: su credulidad en las supersticiones amazónicas. ¡Inaceptable en un hombre con su historia! Semejante infantilismo degradaba su imagen legendaria.

Una noche, tras haber bogado varias horas por un caño, acamparon en una playa del Tapajoz. Mientras asaban un pescado al rescoldo, Ze comenzó a referir su primer encuentro con el Mapicuarí, un monstruo antropomorfo de reluciente pico metálico y garras águilas que recorría la selva desde que Dios hizo el mundo.

Sí señor. Ze lo había topado frente a frente, en un *garimpo*.

Lo que Reeds más admiraba en aquel campesino brasileño, eran sus hazañas, similares a las de los vaqueros del Far West, rudos y analfabetos como él, que conquistaran un mundo a punta de revolver. Al principio, mientras se familiarizaban, lo sobrenatural de sus historias le resultó divertido, novedoso, o al menos tolerable. De seguro Ze mentía para entretenerlo, y trató de descifrar las claves de aquel singular histrionismo. Pero a medida que le fue cobrando afecto, ya le fastidiaban los seres monstruosos, ánimas en pena, caballos sin cabeza que Ze juraba haber visto con sus propios ojos. Y lo que más lo irritó fue descubrir que Ze creía sus propias patrañas. *Jesus Christ!*

Al final de aquella noche, Ze le reveló también que un indio brujo de la Serra do Chachimbo le había enseñado a preparar un cocimiento mágico. Tanto era su poder, que quien lo bebiese hacía después todo lo que se le ordenara. Eso, claro está, si uno trazaba primero unos signos en el piso y repetía unas palabras hechiceras que el indio le enseñara...

Lo de las palabras colmó la paciencia de Reeds.

Se sintió insultado. Volvió a sospechar que el nordestino mentía a sabiendas. ¿Tendría a Reeds por un imbécil? Por si las moscas, y so pretexto de que su obligación como hombre civilizado era abrirle los ojos, con unos cuantos tragos encima decidió aquella noche salirle al paso. Lo cortó en seco y le pidió que en adelante no le contara más aquellas historias absurdas. No quería oír de nuevo tonterías de bichos con pico de metal, ni de peces violadores de mujeres, ni de cocimientos, ni ensalmos. ¿No comprendía que semejantes disparates echaban a perder el respeto que Reeds le tenía?

Y Ze Bonitinho, a quien el ingeniero nunca dirigiera palabras tan ofensivas, se puso de pie, pálido de ira. ¿Así que míster Reeds no creía en el Mápucuarí? ¿Ni en las apariciones que vieran tantas veces los caucheros de la selva? *Muito bem!* ¿Y tampoco creía míster Reeds en el boto, un pez violador? Pues que averiguara entonces por los mil testimonios de doncellas desfloradas a la orilla de los ríos, cuando el boto se presentaba en las noches sin luna, bajo la forma de un joven apuesto y bien vestido. ¡Que preguntara, a ver si Ze era un mentiroso!

Charles Reeds, enojado por la réplica arrogante le declaró que tal vez Ze no fuera un mentiroso, pero sí un analfabeto y un ignorante. Y un analfabeto era lo mismo que un ciego. Reeds había leído cientos, miles de libros escritos por gente instruida, donde se decía que tales creencias eran resultado de la barbarie y el analfabetismo; porque un analfabeto, que nunca ha leído un libro, vive en un mundo de sombras, donde cree ver lo que no existe.

Pero el nordestino era tozudo.

¿Acaso no veía bien? ¿No tenía de noche o de día mucho mejor puntería que míster Reeds? Si todo lo que decía eran mentiras, ¿por qué el ingeniero confiaba entonces en su buena vista cuando se trataba de sortear las peñas a flor de agua en los rápidos del río?

*Não, não*, míster Reeds: Ze no estaba ciego. Muy buena vista tenía, gracias a *Deus*, y aunque míster Reeds no creyera sus historias de Ze, eran la pura verdad. Él había bebido el cocimiento mágico, y las manchas de sus plantas eran huellas de brasas ardientes, por donde una vez caminara sin sentir ningún dolor. Sí señor. Creyéralo míster Reeds o no, el brujo había trazado sus signos y pronunciado sus palabras, y le aseguró a Ze que no sentiría la quemazón. Y Ze no sintió nada. Ni en ese momento ni después.

Bueno, bueno. Si Ze Bonitinho creía en esas idioteces, allá él. Pero Reeds sabía muy bien en qué cosas se podía creer y en cuáles no. No necesitaba que le dieran lecciones, y punto. Lo mejor era colgar las hamacas, que al otro día debían madurar.

Aquella noche no hablaron más.

Ze instaló su hamaca bien lejos de Reeds.

¿Qué se creería aquel *filho da puta*? Por primera vez pensaba en su jefe con términos soeces. Tardó en conciliar el sueño. ¿Acaso el gringo iba a negar también que existía el lobizón, el séptimo hijo macho que en la medianoche de los viernes se transformaba en lobo y acechaba los cementerios hasta el amanecer? ¿Y qué de la mano peluda, el duende cojito, la llorona y el terrible jinete sin cabeza?

A mediados de 1969, Reeds y tres técnicos de la estación de Santarem emprendieron un viaje por el curso medio del Tapajoz en una lancha que gobernaba Ze Bonitinho. A los tres días llegaron al poblado de São Luiz, donde las embarcaciones ya no remontaban la corriente, pues a un kilómetro aparecía el primer salto. Los viajeros habituales, en su mayoría *garimpeiros* que perseguían el alto Tapajoz o su curso medio, se veían forzados a desembarcar en São Luiz, poblado de un centenar de viviendas, casi todas de adobe o madera.

Unas décadas antes São Luiz fue el casco de una hacienda cauchera, en cuyas dos únicas casas de ladrillo y cantería moraban los descendientes de Luis de Amaral, un aventurero portugués que se estableciera a fines del siglo pasado. Todavía en los años 60, sus biznietos extraían un poco de caucho y recogían frutos silvestres, que vendían a precios exorbitantes a los buscado-

res de oro, cuya dieta deficiente en azúcares los hacen ávidos de frutos frescos como el *cupuaçú*, el marañón, la guanábana, y sobre todo el burití, de cuya cocción se elabora un postre con ecos de marrasquino y orquídea matinal, digno de alternar en la buena mesa con el mismo rango que el caviar o las carnes trufadas.

La familia Amaral explotaba también la madera de la selva, pero en mínima escala. Su gran negocio de entonces era la compraventa de oro en polvo y el usufructo de su posición estratégica junto a la cascada grande, para el transporte y las comunicaciones entre el alto y medio Tapajoz y las márgenes del Amazonas. Tenían una pequeña flota y almacenes bien surtidos de *farinha*, arroz, frijoles, tasajo de cebú, insólito lujo nordestino en el condumio de los ríos. Estas vituallas, como asimismo las bateas para lavar oro, las ropas e implementos del *garimpo*, costaban en Casa Amaral, fundada en 1892, cinco o seis veces más que en Santarem; pero en general, los buscadores de oro preferían evitarse el azaroso transporte de sus bultos en embarcaciones pequeñas, siempre expuestas a zozobrar entre los escollos del río, que solo saben sortear sus prácticos a cambio de una paga también onerosa y de inciertos resultados.

Desembarcaron a mediodía y almorzaron en casa de João de Amaral, patriarca de São Luiz, que con dos tragos encima gustaba definirse como hombre de pelo en pecho y remolino en el culo. Aquel día, *seu João* se encontraba de excelente humor porque acababa de jugar su gallo *ataraz* en la vecina población de Ipanema, y en una parada memorable, en una parada de hombres, se había ganado cinco kilos de oro. Y los señores tenían que ver cómo aquel gallo, con tres heridas colosales, sin ojos y bañado en sangre, degolló de un espuelazo al pintaclara del coronel Alencar.

¡Salud, señores, salud! ¿Más *cachaça*? ¿O los señores preferían whisky?

¡Ah! ¿El señor Amaral tenía whisky?

¡Pues claro que sí! A São Luiz no llegaba el ejército ni la ley, pero whisky tomaban hasta los pescados. João de Amaral tomaba mucho whisky. Lo que pasaba era que cuando jugaba gallos, le gustaba más la *cachaça*, que le daba un *ardorzinho* estimulante en el garguero para animar a sus pupilos y gritar con más decisión en las paradas. Pero a las visitas distinguidas él siempre ofre-

cía sus mejores whiskies. Allí tenían los señores, Chivas Regal, Old Parr, Haigh & Haigh. ¡A la salud del gallo *bataraz*, señores! ¡Ese sí era era un gallo con los *culhões* bien puestos, porra!

Ya por la tarde montaron en un camioncito de *seu João*, que esa vez no cobró peaje a los señores de la FAO por transportarlos hasta el embarcadero del otro lado del salto. Antes de partir, ya con la lengua trabada, bebiendo a pico de botella su *cachaça* caliente, llamó aparte a míster Reeds y le reiteró que la visita de los *senhores engenheiros* de la FAO, *pessoas* distinguidas, extranjeras, era un gran honor para Casa Amaral, y cuando pasaran de regreso a Santarem, *seu João* tenía para proponerles *um negocio formidável*, y que míster Reeds no dejara de hablar con él al regreso, porque el dinero los estaba oyendo conversar. La plata estaba bota da en la selva esperando que la fueran a recoger.

Bueno..., ejem..., sí, a míster Reeds, en principio, la cosa le parecía interesante...

*Muito bem!* Entonces, al regreso conversarían entre hombres. ¿Míster Reeds ya sabía cómo era eso de conversar entre hombres?

Sí sí, claro, míster Reeds sabía.

El camioncito se internó por un sendero de mulas, abierto por los peones de la familia Amaral en medio de la selva. Con el arribo de los primeros vehículos automotores al feudo de São Luiz, los señores Amaral construyeron una vía más amplia.

Abrir caminos en la selva, sin equipos, es tarea penosa. Pero los Amaral vislumbraron que pronto los peajes, bajo el viso de fletes, amortizarían el valor de la inversión. De hecho, fuera con mulas, jeeps o camiones, las cargas por el río se movían en São Luiz por cuenta de la Casa Amaral a un costo hiperbólico, confirmado por las fogosas pistolas de los capataces. Los precios no se discutían y nadie estaba autorizado para atravesar aquellos tres kilómetros, propiedad de *seu João*, sin pagar el debido portazgo.

Míster Reeds se instaló en la cabina del camión junto al chofer. Los otros tres y Ze Bonitinho viajaban atrás. Oían en silencio el concierto de las aves y los ecos de la selva aledaña. Nadie acertaría a decir si los escandalosos aullidos de los monos denunciaban la intrusión o celebraban el paso del vehículo por sus dominios. La penumbra intensa y la compacidad de la selva en algunos trechos, convertían el camino en un túnel vegetal.



A veces se despejaba la maraña para dar lugar a espacios ralos, talados o quemados, de considerable extensión. A la orilla de uno muy grande, donde abundaba un suelo arenoso, se detuvo el camión. *Seu João* había despachado, junto con la carga de la FAO, unos sacos de *farinha* que rodaron contra un adral del camión, y el chofer se apeó para acomodarlos.

Cerca de allí se divisaba, hacia un extremo del descampado, un robledal que el doctor Villiers, canadiense y maniático de la fotografía, escogió como blanco de sus instantáneas. Los demás del grupo, mientras el chofer acomodaba los sacos, dirigieron la vista hacia la espesura.

Ze Bonitinho, que estaba agachado junto a Villiers, se incorporó de un brinco y cogió su fusil.

*Uma paca!*

Apartó de un codazo a Villiers y apuntó hacia el mismo campo que el canadiense enfocaba en su cámara. Al fogonazo sucedió una palabrota y el animal, una pieza soberbia de al menos treinta kilos, se escurrió entre la maleza. Adiós banquete. No existía carne de puerco, ni de jabalí, ni de venado comparable con la capibara asada a las brasas, con una salmuera de tamarindo para matarle el tufo y un adobo de nuez del Brasil, jugo de *maracujá* y *cachaça*. En dos ocasiones Ze la había preparado para los técnicos de la estación, y todo el mundo, en especial la señora Reeds, se rechupeteaban los dedos.

Reeds enfocó su prismático y sí sí, allí estaba, acababa de internarse en el robledal. ¡Iba cojeando! Sin duda estaba herida; y a poco, con el fusil en una mano y el machete en la otra, seguido de Reeds y el chofer, el nordestino corría a cobrar su presa. Enseguida dio con un espeso rastro de sangre, pero a unos treinta metros se le perdió junto al borde de un arroyito. Si no la capturaba, moriría desangrada en la selva.

Vadeó el arroyo deprisa, con el agua por las rodillas, y a unos diez metros de la ribera se detuvo para escudriñar la espesura. De pronto apoyó el fusil en tierra, se quitó el sombrero, se restregó los ojos, y sí sí, sin dudas era el mismo. Unos metros más allá, otro. Allí estaba. Y otro más del lado opuesto. Sus ojos contemplaban lo que tanto buscara sin éxito durante años. Se olvidó de la capibara y avanzó hacia un árbol. Arrancó una hoja. Ninguna

duda. Era el mismo olor hediondo de sus hojas carnosas, y el tronco abultado, igual que los del Madeira.

Bien. A proceder con rapidez, antes de que llegaran los otros. Arrancó un buen fardo de hojas, se desnudó el torso, apretó las hojas en su camiseta y las amarró con unos bejucos.

En eso oyó que lo llamaban del otro lado del arroyo. Sin duda Reeds ya había encontrado el rastro. Decidió esconderse hasta que pasaran de largo. Unos minutos después vio al chofer seguido de Reeds. En cuanto se alejaron un poco, Ze volvió de prisa sobre sus pasos. Vadeó otra vez el arroyo y regresó hacia el camión. Declaró que había perdido las huellas.

¿Y míster Reeds?

Ze no sabía. ¿Estaría perdido?

El envoltorio no llamó la atención de nadie. En ese momento solo les interesaba la cacería de la capibara.

Con toda calma y sin que nadie lo viera, Ze ocultó las hojas en su morral y se sentó a mascar tabaco. Media hora después aparecieron los otros. Traían el animal amarrado de patas y manos con una vara que portaban al hombro. Pesaría sus treinta y cinco o cuarenta kilos. Reeds rebosaba de felicidad cuando se enteró de que Ze había perdido el rastro que él hallara. Ze simuló su contrariedad, pero estaba más contento que nadie. El bultico de hojas que llevaba en su morral de arpillera, valía para él más que una manada de cien capibaras gordas. Ya vería el señor ingeniero Reeds, cuando volvieran a Santarem, si Ze Bonitinho era tan cieguito como él creía. Ya vería lo que un nordestino analfabeto era capaz de enseñarle a él, con todos sus libros y títulos de mierda.

De regreso a la estación, preparado el cocimiento de las hojas, Ze lo embotelló y lo guardó en un lugar fresco. Ya encontraría la oportunidad de usarlo. Ze sabía esperar. Quien no aprenda a esperar, no puede vivir en la selva.

Una tarde, al cabo de algún tiempo, Charles Reeds le ordenó preparar el lanchón para salir a la madrugada del día siguiente hacia Fordlandia. Era una zona situada a unas veinte horas de lancha, Tapajoz arriba, donde la Ford Motor Company estableciera hacía cuarenta años antes un enorme latifundio cauchero. Según

le informó Reeds, deberían internarse unas seis horas más, por un brazo muerto del río que marcaba la frontera meridional del latifundio.

Ze Bonitinho conocía muy bien la zona. ¿Cuántos viajarían?

Ellos dos y el ingeniero Kraage, un topógrafo holandés que dirigía la construcción de senderos para arrastrar troncos hasta las riberas fluviales. Cerca de Fordlandia se encontraba una importante mancha de ébano, descubierta hacía poco por satélite. Reeds necesitaba evaluar las perspectivas de un tramo que la uniera a la ruta central del latifundio, única forma de sacar los colosales troncos hasta la ribera del Tapajoz. Por el escaso calado de algunos tramos, el brazo del río impedía que los remolcadores y sus armadías lo cruzaran sin riesgos.

A las cuatro de la mañana Ze ya tenía en orden los pertrechos. Una botella del cocimiento reposaba en el fondo de su morral.

Transcurrido un día y medio, en la víspera del regreso, Ze bogó hasta muy entrada la noche junto a la costa del río con intenciones de arponear algún tucunaré. Los peces grandes suelen dormir en el fondo de los remansos, donde el agua es más plácida. El pescador hiende entonces las sombras del río. De pie en su canoa, desecha los remos para no hacer ruido. Hunde en el lecho una pértiga y la maniobra con sigilo, para que no gotee. Cuando enfila hacia el remanso escogido, la levanta y la tercia sobre las bordas. La canoa se desplaza sola. El pescador coge entonces su arpón en una mano y la linterna en la otra, y se tiende de bruces hasta asomar el torso por la proa. Un segundo antes de que el bote encalle o embista el barranco de la costa, clic, chac, encandila a los peces y hunde su arpón en las carnes del más robusto. La misma operación se repite durante horas hasta dar con el preciado tucunaré, abundante en carne blanca, sin espinas.

Pero esa noche Ze no tuvo suerte. Al regreso costó una playa donde el agua, muy baja, traslucía el fondo áureo y ondulado del río.

¡Estaba infestado de rayas!

Con sus ojos acostumbrados a la noche, Ze las veía aquí y allá, a ambos lados de la canoa. Sí. Eran rayas grandísimas, de las más venenosas, que se alejaban aleteando sin prisa, casi reptando sobre el fondo, mientras la arena en que yacían un momento antes en

mimético reposo, se derramaba ahora de sus lomos fugitivos y enturbiaba las aguas.

¡Estaban por docenas!

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea.

Regresó al campamento casi al alba. Se lo anunciaban el canto del ití y el sonoro desperezo de los nenúfares.

Preparó café y despertó a los ingenieros. Mientras los ayudaba a descolgar las hamacas y a plegar los mosquiteros, les refirió que por la noche había descubierto una playa excelente muy cerca de allí y anunció que antes de desayunar iba a bañarse en ella. Los dos ingenieros decidieron acompañarlo.

Cualquiera que se haya bañado en las playas de los ríos amazónicos, sabe que para evitar el terrible aguijón de la raya, pez muy estúpido y sordo, debe entrar arrastrando los talones sobre la arena muy rizada del fondo. La raya, que yace enterrada, siente de lejos la intensa vibración y huye sin molestar al bañista. Pero si uno se acerca, la raya no se percató de los pasos, amortiguados por el agua, hasta que siente el contacto. Entonces, en súbita pirueta, arquea la cola y entierra su aguijón urticante en el empeine del pie agresor. Algunas especies destilan veneno y provocan terribles dolores, que suelen durar muchas horas. Y el único alivio efectivo que conocen los *caboclos* del Amazonas, es frotarse el dolorido empeine contra el sexo húmedo de orines, de una vieja lo más decrepita posible.

Tal como Ze imaginara, los dos ingenieros entraron sigilosos en la playa; y antes de recorrer veinte pasos, el doctor Kraage profirió un alarido.

Ze acudió presuroso, arrastrando los pies, y se lo llevó terciado al hombro hasta la canoa.

El holandés, con los ojos vueltos y el aliento corto, solo atinaba a gemir. Tenía la pierna agarrotada e inmóvil. El empeine comenzaba a hinchársele.

En el campamento, Reeds le dio a tomar cuatro cafiaspirinas, único calmante que tenía a mano; pero al cabo de una hora, el hombre seguía gimiendo de dolor. Reeds decidió mandar a Ze a la enfermería de Fordlandia para conseguir un poco de morfina. En unas cuatro horas podría estar de regreso. Ze Bonitinho escu-

pió la mascada de tabaco, llenó su jarro de café y se sentó con una sonrisa burlona en los labios, a beberse con toda calma.

Reeds le pidió que se diera prisa. Ahí yacía un hombre sufriendo. ¿Ze no pensaba ayudar?

Por toda respuesta, Ze bebió un trago largo de café, se puso en pie y le lanzó una carcajada en el rostro.

Pero... pero, ¿qué era aquello? ¿A qué venía aquella risa? ¿No pensaba ir a Fordlandia?

No. Ze no iba a ir a ningún lado. No iba a buscar ni morfina ni nada. Se quedó mirándolo a los ojos, con el sombrero echado hacia atrás, los brazos en jarra, la cabeza ladeada y sin abandonar su sonrisa altanera.

Por primera vez Reeds sintió miedo ante aquel hombre que siempre fuera humilde y cumplido con él. ¿Cómo era posible que se le riera en su cara, insensible al dolor de Kraage? Lo miraba en actitud desafiante, patiabierta, con la mano en la empuñadura del machete.

Reeds cambió de tono.

¿Pero qué le pasaba a Ze Bonitinho? ¿Reeds había dicho algo que le molestara? ¿Alguna ofensa grave, por Dios?

Sí. Eso mismo era. Las ofensas del ingeniero eran grandes y Ze estaba amargurado por eso.

Pero, ¿cuándo, cómo, en qué?

¿El ingeniero ya no se acordaba cuando lo trató de analfabeto ignorante y mentiroso?

¡Pero Ze, eso era una historia pasada! Reeds estaba aquella noche con tragos. ¿Acaso no se disculpó? ¿Cómo Ze sacaba aquella historia justo en ese momento? ¿Acaso no eran amigos?

Sí sí. Ze seguía considerándose su amigo. El trato con el ingeniero Reeds era un honor, un motivo de orgullo. Por eso mismo él creía que entre amigos las cosas tenían que estar muy claras. Y si en aquella ocasión el ingeniero creyó que Ze era un mentiroso, por algo era. Era una espina clavada en su corazón, y por eso Ze no volvió a ser el mismo de antes, ni podía serlo hasta no arrancar aquella espina.

Pero, ¿y eso qué tenía que ver con el pobre Kraage, que estaba ahí con el pie hinchado, sufriendo? Lo importante era buscar la morfina. Después habría tiempo para explicarse.

*Não, engenheiro, não.* Esta vez el mentiroso analfabeto de Ze no cumpliría la orden *do senhor engenheiro*. Esta vez no se iba a hacer lo que decía Reeds. Se iba a hacer lo que decía Ze Bonitinho.

¡Pero, Ze!

Sí, ingeniero. Así como lo oía. Por esa única ocasión, el que mandaba era él. Pero que Reeds se tranquilizara: lo que iba a ver sería para beneficio del ingeniero Kraage.

Y dando media vuelta, ante el estupor de Charles Reeds, se acercó a su morral y regresó con una botella que contenía un líquido verdoso.

Pero... ¿Qué iba a hacer Ze?

Lo que iba a hacer nunca lo vieron los ojos de mister Reeds, y el ingeniero comprendería que Ze no contaba mentiras. Que se estuviera callado y lo dejara hacer.

Aquella conversación en voz baja, salvo la sordina de las carcajadas de Ze, no llegó hasta la hamaca donde yacía Kraage.

Ze Bonitinho llenó un jarro con el líquido de la botella y le hizo señas a Reeds de que lo acompañara.

—Beba, ingeniero; esto lo va a calmar.

—¿Qué es? —quiso saber Kraage.

—Un remedio muy bueno. ¡Beba! —insistió Ze.

Kraage incorporó un poco la cabeza y bebió con una expresión de rechazo.

—*Very bitter* —dijo, mirando a Reeds, y cuando volvió a reclinar la cabeza, cerró los ojos.

Ze Bonitinho cogió entonces una rama seca y la cortó en pedazos. Armó dos triángulos en el suelo y profirió una jerigonza gutural con las manos cruzadas sobre el vientre. ¿Qué pretendería con semejante farsa?

Mientras tanto, Kraage parecía haberse dormido. Sus mejillas, contraídas hasta el momento de beber, estaban relajadas. Ya no le temblaban la quijada, el entrecejo ni los músculos del cuello, y la respiración entrecortada adquiría un ritmo pausado, de inspiraciones profundas.

Ze Bonitinho hizo entonces una señal a Reeds, para que se alejara. Reeds vaciló un instante, pero la imperiosa mirada del nordestino lo indujo a obedecer. Se volvió después de caminar unos veinte pasos y vio a Ze inclinarse sobre la hamaca. Allí per-

maneció un rato mascullando algo al oído del holandés. Parecía hablarle con vehemencia. Hacía ademanes. Kraage, sin abrir los ojos, asentía con la cabeza.

—Ahora tendremos que esperar un rato —dijo Ze, en voz baja, al regresar junto a Reeds—; y el señor ingeniero va a ver lo que nunca ha visto.

—¿Hay que esperar mucho tiempo?

—Un rato —repitió Ze, y le pidió silencio con el índice sobre los labios.

Desentendido de Reeds, se recostó a un tronco de ébano, con la vista fija en el suelo. Movía los labios, como si estuviera en oración. Le caía un mechón sobre la frente.

Reeds, picado, aguardaba a que transcurriera «el rato».

A poco, Kraage comenzó a roncar. ¿De dónde habría sacado Ze Bonitinho aquella pócima? ¿La llevaría siempre consigo? ¿Sería el famoso cocimiento de los indios? Y el tiempo no pasaba...

En eso vio a Ze desgajar de un machetazo una vara y dirigirse a la hamaca del holandés. Con la mano indicó a Reeds que lo siguiera. Cuando estuvieron junto a la hamaca, le dijo que golpeará con la vara en el empeine herido.

Reeds protestó. No podía hacer aquello. Los ojos negros y hundidos de Ze fulguraban como los de un poseso.

—Golpéelo, ingeniero —ordenó Ze—. Golpéelo, que él no siente nada.

Reeds le dio unos golpecitos leves y observó el rostro inmutable de Kraage.

—Más fuerte, míster Reeds.

Reeds sintió rabia.

¿Cómo iba a cumplir órdenes de aquel loco sádico? Con un gesto de mal humor arrojó la vara al suelo y se alejó de la hamaca. A sus espaldas oyó otra risotada. Sintió un escalofrío. Al volver, su estupor se convirtió en pánico: vio a Ze alzar la vara y descargar sobre el empeine herido de Kraage un golpe fortísimo. Reeds volvió corriendo sobre sus pasos. Necesitaba detener a aquel demente. Pero Ze volvió a alzar la vara y se quedó mirándolo. Reeds se detuvo. Con los dientes apretados, lo vio descargar otro golpe sobre la herida de Kraage. En cuanto llegaran a Santarem, lo despediría.

—¿Ve? —dijo Ze sin mirarlo—. ¿Ve que no le duele?

En efecto, el rostro de Kraage permanecía imperturbable.

Acopiando cordura, Reeds le imploró que no mortificara más al pobre hombre.

—¡Quédese tranquilo! —lo interrumpió Ze, autoritario—. Todavía no ha visto nada.

Tiró la vara y volvió a alejarse de la hamaca. Caminaba muy lento, con un paso más erguido que de costumbre.

Reeds se encaramó en un montículo, cerca de la hamaca de Kraage.

—Dentro de unos momentos se despertará —dijo Ze.

Reeds miró la hora. Veinte minutos.

—Observe bien, ingeniero —dijo Ze—. Observe con qué pie se baja de la hamaca —y volvió a soltar una risita.

Cuando Kraage abrió los ojos, miró en derredor, pero de inmediato su rostro se contrajo en un gesto de dolor.

Silencio —susurró Ze—. Ahora se va a bajar de la hamaca y va a buscar café al fogón.

Un minuto después Reeds no creía lo que estaba viendo.

Kraage se apeó de la hamaca ¡apoyándose sobre el pie hinchado!

Con la pierna sana en el aire comenzó a dar saltitos, cogido de las ramas de los árboles. Así recorrió los seis metros que lo separaban del fogón. Brincaba sobre el pie enfermo, como si le doliera el otro.

¿Cómo era posible? *Jesus Christ!*

Junto al fogón, el holandés se acuclilló. Al apoyar la pierna sana en el suelo lanzó un gemido. Miró en derredor como buscando ayuda. Ze detuvo a Reeds por un brazo.

—No se mueva —le dijo en voz baja.

Kraage se inclinó sobre las brasas, cogió un jarro tiznado y sacó café de la olleta.

—Ahora, mire bien —dijo Ze Bonitinho.

Reeds, sobrecogido, estrujándose las manos, vio al holandés beber un sorbo largo de café y soltar el jarro con ambas apoyadas en la tierra. Kraage reclinaba la cabeza hacia un lado y suspiraba con alivio. Comenzó a tocarse las piernas. Movía la cabeza de un lado a otro. Ya sus movimientos eran ágiles. De pronto se paró y



comenzó a dar saltitos. Volvió a tocarse. Nuevos saltitos, como los atletas en el calentamiento.

¡Qué poderosa brujería! Reeds se pasó la mano por la frente. ¿Estaría hipnotizado? Sus ojos se cruzaron con la mirada burlesca de Ze.

—*Where are you, Reeds? Look! I'm well again* —comenzó a exclamar Kraage, que ahora se desplazaba en torno al fogón con pasos vivos.

—¿Qué le diste, por Dios? —susurró Reeds.

—Pregúnteselo a sus libros que todo lo saben —le respondió Ze, con una mirada glacial.

Kraage estaba junto al río, lavándose las piernas.

—Para que le baje la hinchazón tiene que dormir —comentó Ze—. Haga que vuelva para tomar otro poco de cocimiento.

Cuando Reeds se lo propuso, el holandés rehusó. Se sentía en forma. Recordaba que al despertar sintió dolores en la pierna sana. ¿Sería un reflejo? ¡Qué extraño! Él nunca tomaba café, pero despertó con deseos. Y lo *really incredible*, fue que al beber el primer sorbo le desapareció por completo el dolor. *Very strange, indeed! Look!* Aún tenía el empeine muy hinchado, *but no more pain at all*. Sentía la pierna adormecida, como si hubiera recibido anestesia; pero, oh no, no quería tomar más de aquello. Sabía a mierda.

Cuando Reeds le tradujo, Ze intervino con su humildad de siempre. Cuando él vivía entre indios, probó varias veces aquel remedio; y para que surtiera efecto hubo de tragarla dos veces. Ze le garantizaba por lo más sagrado que no le haría ningún daño. Si Kraage no obedecía, en un rato más lo atormentaría el pie hinchado.

Kraage aceptó por fin de mala gana, y acostado en la hama-ca ingirió con muecas otro par de tragos.

Antes de un minuto, dormía otra vez.

Ze Bonitinho le dijo entonces en voz alta:

—Ahora no despertará hasta mañana, a la salida del sol. No sentirá dolor, nunca más va a sentir dolor.

Acto seguido, como si Reeds no existiera, comenzó a cargar bultos para emprender el viaje de regreso. Reeds se puso a ayudarlo.

Entonces, ¿Ze creía que podrían partir?

Sí, ingeniero, ahora mismo. El doctor Kraage viajaría cómodo y no despertaría hasta el amanecer. Lo llevarían en la canoa, a remolque. Ze le prepararía un techo para protegerlo del sol y no habría complicaciones.

Vuelto a sus cabales, Ze hablaba y actuaba con su serenidad de siempre. No obstante, cuando ratificó que Kraage dormiría en su hamaca, sin despertar ni una sola vez durante más de veinte horas, Reeds sintió un frío eléctrico en el diafragma.

*Oh, God!* Aquel holandés, que debía estar aullando de dolor, dormía como un niño. Y él, Charles Reeds, estaba allí viéndolo. No era un sueño, ni cháchara, ni espejismo.

Horas después, bogaban en silencio. A Kraage lo trasladaron dentro de la hamaca hasta la canoa. Ze Bonitinho le preparó en pocos minutos una techumbre compacta, y sobre tres ramos flexibles de itapebí dispuso una hojas de palma, amarradas con lianas verdes. El holandés dormía mecido por el balanceo de la canoa. Cuando caía la tarde, Reeds hizo algunos intentos por entablar conversación, pero Ze le respondió con monosílabos. Esa noche no acamparon. Había luna llena. Ze apagó el motor y costearon la margen izquierda. Soplaba una brisa del Este. Reeds simuló dormir.

¿Qué podía ser aquel brebaje? Parecía un somnífero ultrarrápido. El rito de los triángulos en el suelo y las palabras indígenas eran pamplinas de Ze. ¡Pero lo otro, no! Un hombre que minutos antes aullaba de dolor, había saltado sobre su pie hinchado. Eso y el alivio total después del café, eran consecuencia indudable de lo que Ze Bonitinho le mascullara al oído. Recordó que la noche de la discusión, Ze había dicho que quien tomara aquel brebaje, luego cumplía lo que se le ordenara.

Al cronometrar el transcurso de quince horas parecía evidente que Kraage cumpliría también la orden de dormir hasta el amanecer. Reeds estuvo a punto de pellizcarse. Si declaraba en un medio científico lo que acababa de ver, lo tildarían de loco.

En esa noche de desvelo comenzó a elaborar un plan para averiguar cómo diablos había obtenido Ze Bonitinho aquel cocimiento. ¡A toda costa se lo sonsacaría! Por el momento, decidió no tocarle el asunto. Actuaría sin precipitarse. Estaba seguro de que con el tiempo, Ze bajaría la guardia.

El holandés se despertó, en efecto, con las primeras luces del amanecer. Se quejó de náuseas repentinas, pero nada de dolores. Nunca en su vida había dormido tanto. Una vez, durante la guerra, después de una marcha infernal por las Ardenas se había desplomado en un pajar durante dos días. Pero que aquel brebaje lo hiciera dormir veintidós horas... Agradeció a Ze Bonitinho sus cuidados y quiso enterarse del remedio. Cuando Ze comenzaba a responderle que era un secreto, Reeds señaló la orilla del río y se entregó a describir la presencia insólita de unos alcaravanes emigrantes del Orinoco. Reeds comprobó que Kraage no recordaba nada de lo ocurrido durante los lapsos de sueño, ni los azotes con la vara, ni lo que Ze le mascullara al oído.

Llegaron a Santarem hacia las siete de la mañana.

Al cabo de dos días, Kraage estaba curado. Desde que tomara el brebaje no volvió a sentir dolor, y las órdenes de Ze fueron cumplidas al milímetro. Que Reeds supiera, no existía en el mundo ningún fármaco con semejante poder.

Como parte del plan, Reeds redobló sus atenciones con Ze. Lo invitó con más frecuencia a su casa y lo consultaba sobre cualquier cosa. Cuando Ze hablaba, él lo oía ahora con muestras de gran interés. Aunque Ze no sabía leer, Reeds le buscó un empleo de almacenista y le aumentó el salario.

Cuando creyó que las condiciones estaban maduras, urdió una excursión, a solas con Ze, so pretexto de evaluar una zona forestal a siete horas en lancha de Santarem.

Al cabo de la segunda noche, inspirado por la fogata y el calor de unos tragos, Reeds le preguntó a Ze si no quería aprender a leer. Al nordestino aquello lo tomó por sorpresa y se echó a reír.

No no, míster Reeds. Él ya estaba muy viejo para eso.

Pero Reeds le dijo que aprender a leer era una cosa fácil. Su esposa era maestra y podía enseñarlo por las noches. Un par de meses bastarían. Ze tenía que aprender a leer, y sobre todo, a escribir.

¿A escribir?

Sí, a escribir libros, para enseñar al mundo las maravillas que él conocía y que la ciencia ignoraba. ¿Cómo era posible que la humanidad no se beneficiara con los conocimientos de Ze? Sus compatriotas de Río y São Paulo, y los hombres de otros países, ¿no tenían acaso derecho a conocer la historia del Boto, del Mapi-

cuarí, del Lobizón? Ze tenía que divulgar sus conjuros contra la adversidad, su experiencia con las plantas para aliviar los sufrimientos del prójimo. No sería cristiano ocultar esa sabiduría, que tanto necesitaban los innumerables dolientes en el mundo.

Esa misma noche le arrancó el secreto.

Ze había vuelto a encontrarse el árbol en *São Luiz*.

¿En *São Luiz do Tapajoz*?

Sí, míster Reeds. Durante la cacería de la capibara. Le explicó sonriente que por eso, y por otra cosa, había perdido el rastro.

¡Vaya, vaya! Ya le parecía aquello muy extraño, que Ze fallara un tiro. ¿Y a Ze no le quedaban muestras de la hoja?

No. Había utilizado hasta la última para preparar el cocimiento en seis botellas. Pero si el señor ingeniero quería conocer el árbol, él se lo podía mostrar. Había que volver a *São Luiz*.

Bueno, en esos días Reeds tenía proyectado volver por allí, para establecer un acuerdo con João de Amaral sobre remolque de armadías.

Viajaron en un taxi aéreo desde Santarem y aterrizaron en Ipanema, un poblado cercano a *São Luiz*, donde existía un aeródromo rústico.

Pues sí, *seu João*, a Reeds al principio no le atrajo el negocio de las armadías y por eso no adquirió compromisos; pero a raíz de la consulta con los economistas de la estación, el informe había sido muy favorable.

¿No era eso mismo lo expresado por *seu João*? La plata estaba oyéndolos conversar. Él se encargaría de construir el camino y de poner las armadías aguas abajo del salto. La FAO sólo se ocuparía del transporte hasta Belem, y allí utilizar su influencia con el gobierno y todo lo demás.

Ahora sí la cosa estaba clara para Reeds; pero de todas maneras la gestión con el gobierno iba a demorar un par de meses, y la espera daba tiempo para establecer las condiciones del contrato.

Almuerzo opíparo, sopa de tucunaré, venado a las brasas, vino portugués, dulce de burití, y el señor Reeds tenía dispuesto en la casa vecina un cuarto donde lo esperaba una cabocla, catorce años, sanita, nadie la había tocado, *seu João* lo garantizaba, para abanicarlo y espantarle los mosquitos durante la siesta. Pero míster Reeds, para sorpresa de *seu João*, nunca dormía la siesta. Le acep-

taba el ofrecimiento para la noche, pero durante la tarde prefería ir a cazar con su ayudante, y si *seu João* le prestaba el jeep...

Cómo no, *seu João* era su amigo y en *São Luiz* se hacía lo que *míster Reeds* mandara: claro que se lo prestaba. Después de vadear el arroyo, otra vez con el agua por las rodillas, que *míster Reeds* mirara en aquella dirección, allí los tenía, uno, dos, siete, doce árboles en total, diseminados en un par de hectáreas. En efecto, las hojas despedían un olor pestilente, como de fuente azufrada o huevo putrefacto. Algo muy extraño.

De regreso en Santarem, Ze le enseñó a preparar el cocimiento. Primero hervir un puñado de hojas en mucha agua, y luego reposarla una media hora hasta que una sustancia negruzca precipitara en el fondo de la vasija. Se botaba el agua más clara y se volvía a hervir el precipitado, hasta que en el fondo se formara otro más oscuro que el primero. Volvía a botarse el agua de la superficie y lo que quedaba era la pócima que bebiera Kraage. A contraluz se veía un reflejo verdeoscuro.

Reeds preparó unos dos litros y los dejó guardados. Luego, sin que Ze lo viera, picó unas hojas en trozos pequeños. Al día siguiente hizo saber que viajaba a Brasilia y *São Paulo* para discutir la operación propuesta por *João de Amaral*.

Veinticuatro horas después salía de viaje.

Pero sólo fue a *São Paulo*.

Por la planta de radio de Santarem se aseguró antes que *Ferdinando Pessoa* y *Clifton Payne* estuvieran en *São Paulo*.

Un radioaficionado paulista, después de consultar por teléfono, le indicó que ambos estaban en la ciudad.

Ya en *São Paulo*, los llamó desde el aeropuerto. Tuvo suerte, porque en menos de diez minutos comunicó con los dos. *Pessoa* lo recibiría esa misma noche y *Clifton Payne* lo invitaba a almorzar en su casa, el sábado a mediodía.

*Clifton Payne* también era norteamericano. Ocupaba la gerencia de la *Ribb Pharmaceutical Inc.* para América Latina y vivía en *São Paulo*. Dos años antes se habían conocido en la embajada e hicieron buenas migas.

*Payne* era un hombre retraído, poco locuaz, y por su cargo, mucho más importante que *Reeds*; pero le simpatizó a primera vista. Aquella noche se mostró muy interesado por lo que *Reeds*,

en su estilo llano y campechano refería sobre sus años en los bosques del Canadá, en la Patagonia y en el Amazonas. Estuvieron un buen rato separados del grupo, conversando junto al bar del jardín. Sus mujeres también parecían animadas. La de Payne vivía en New York, pero pasaba algunas temporadas junto a su marido en São Paulo.

Al verlo llegar aquel mediodía con un maletín en una mano y una enorme marmita en la otra, Clifton Payne no pudo ocultar su sorpresa.

—Celebro que hayas venido a cocinar —le dijo—. ¿Qué vas a preparar? ¿Algún mono hervido?

—Sí —respondió Reeds—. Vine a cocinar.

Reeds se dirigió al jardín trasero, y en mangas de camisa encendió la barbacoa ante la divertida expectación de Payne. Luego cogió una manguera y llenó de agua la marmita, que acababa de poner al fuego.

—*What the hell are you doing?*

—*Surprise!* —respondió Reeds—. Deja que el agua hierva y ya verás.

—Como quieras —dijo Payne, encogiéndose de hombros—. ¿Te preparo un trago?

—No, ahora no —dijo Reeds, atizando el fuego.

Una hora después estaba listo y embotellado el cocimiento. Mientras tanto Payne se había enterado de cuáles eran sus propiedades y lo que Reeds había visto.

En realidad no se lo explicó con los detalles que conocía. Había fraguado una historia, ocurrida en otro escenario y con otros personajes; pero en esencia, le refirió la verdad.

Tal como Reeds suponía, al gerente de una transnacional farmacéutica aquello no podía dejar de interesarle. Sin embargo, cuando Reeds le propuso que lo acompañara hasta *O Salvador*, una clínica cercana a su casa, para hacerle una demostración, Clifton Payne vaciló.

—¿Piensas experimentar con alguien? —preguntó.

—Sí —respondió Reeds—. Quiero que lo veas con tus propios ojos.

—Pero eso es peligroso –interpuso Payne—. El uso de medicamentos no autorizados...

—Sí sí –interrumpió Reeds—. Ya sé todo eso y he tomado precauciones. Estaremos solamente tú, yo, el médico y el enfermo.

Payne decidió arriesgarse. Reeds era un hombre inteligente y responsable. Dirigía una dependencia de un organismo internacional, y no se arriesgaría si no estuviera muy seguro.

ok. Clifton Payne lo acompañaría, pero que nadie se enterara de su nombre y cargo.

Cuando llegaron a la lujosa clínica *O Salvador*, Reeds comprobó que el doctor Ferdinando Pessoa controlaba muy bien a sus pacientes.

El enfermo, de unos sesenta y cinco años, padecía de un cáncer de colon muy doloroso. Estaba en una sala aislado. Pessoa había pedido a la mujer e hijo del enfermo que lo dejaran solo esa tarde, pues quería consultar el caso con unos especialistas para decidir si valía la pena la operación; que descansaran y volvieran para acompañarlo por la noche.

El paciente recibía dosis máximas de morfina, y casi no le producían efecto. No hacía sino gemir, retorcerse y pedir a Dios que le enviara la muerte. ¡Triste espectáculo! Pessoa estimaba que no duraría más de tres o cuatro días. No valía la pena operar. Allí estaban las placas, si querían verlas.

Reeds recordó que a Kraage, un hombrazo fornido de doscientas veinte libras, Ze Bonitinho le había dado a beber unas dos onzas del brebaje. Al percibir su olor tan desagradable, Pessoa temió que aquel anciano muy debilitado vomitara. Aconsejó no administrarle más de media onza, y así se hizo.

Cuando Pessoa le dijo al enfermo que aquello le produciría un alivio inmediato, el hombre bebió el brebaje con avidez y sin muestras de asco. Quedó dormido antes de un minuto, y de su rostro desaparecieron las muestras de dolor. En estado de lasitud, aquel semblante era el de la muerte. El propio Reeds le dio el orden de despertarse a los veinte minutos y de no volver a sentir nunca más dolor alguno.

Durante veinte minutos respiró sin alteraciones. Cuando despertó, se mostró sorprendido de no sentir dolor. Pese a los patentes estragos faciales causados por la enfermedad, la expresión

martirizada del viejo que Reeds y Payne observaran al entrar, ya no existía. Y era evidente que no recordaba nada.

Al salir de la clínica, Payne quiso conocer detalles; pero enseguida comprendió que Reeds no le brindaría informaciones gratuitas. Iba a venderle su secreto.

Payne nunca tomaba decisiones precipitadas. Por el momento necesitaba informarse sobre la evolución del enfermo.

Reeds se marchó al día siguiente. Estaba seguro de que no tardaría en tener noticias de Payne.

En efecto, cuando Clifton Payne comprobó que aquel hombre había muerto una semana después con una sonrisa en los labios, se presentó de inmediato en Santarem. Quiso saber de cuántos árboles disponía Reeds.

Eran doce, y según sus cálculos, permitirían elaborar unos trescientos galones anuales de aquel brebaje. ¿Cuánto le ofrecía la Ribb Pharmaceutical Inc.?



EDUCACIÓN CONYUGAL  
(1917)

DON RAMÓN DE ARNAIZ, cuarto hijo de don Luis Esteban, hizo su estreno en las armas durante la guerra de Cuba; y en la batalla de Santiago, en 1898, vio morir a dos de sus hermanos mayores.

Como simples hidalgos, los Arnaiz carecían de esa distinción propia de la nobleza titulada. En la vida solariega de Campo Bermejo, hasta finales del siglo XVII, procedían sin ningún ornato. Eran rústicos, mucho más que aristócratas. Pero ya en el XIX aparecieron en Campo Bermejo los modales cortesanos traídos desde Aranjuez por don Francisco Arnaiz de las Revillas. Sus descendientes supieron imitar el lenguaje pulido y sereno de los condeces, marqueses y duques, que frecuentaran desde la adolescencia en las academias militares del reino.

Aunque Don Ramón de Arnaiz podía pasar por un hombre apuesto, su corpulencia, sus hombros algo cargados, sus enormes manos velludas y la nariz prominente, daban la impresión de una masculinidad tosca; pero en la buena sociedad él la disfrazaba con sus pulidos modales y un refinado laconismo, muy eficaz en la esgrima de los salones.

Con ese estilo sedujo a Matilde Pinzón.

Los Arnaiz estaban muy empobrecidos desde la época de don Esteban Lorenzo, que murió loco, defenestrándose desde lo alto de la torre que construyera para otear la llegada de un enemigo

imaginario. Las propiedades se redujeron a la casona solariega de Campo Bermejo, y su dehesa, a orillas del Tormes.

La administración de don Luis Esteban, que pasaba casi toda su vida en los campos de batalla y a quien en los últimos años se le ocurriera dedicarse, sin éxito, a la cría de ganado de lidia, también fue pésima.

Don Ramón heredó apenas setecientas hectáreas hipotecadas.

Promovido a teniente coronel en ese mismo año, supo de la existencia de Matilde, hija de un extremeño muerto poco antes y que había hecho fortuna en Cuba con el comercio del azúcar. Matilde era heredera de dos cortijos que sumaban unas mil doscientas hectáreas, y de un molino que producía considerable renta. Don Ramón buscó un pretexto para viajar a Extremadura y la sedujo en pocos días, tras unos lances galantes en un bosquecillo, junto a la frontera de Portugal. Las bodas se realizaron a los seis meses, en mayo de 1917. Quedaba saneada así la maltrecha economía de don Ramón. Matilde aportaba además su belleza trigueña y sus diecinueve años virginales.

Pero por cada año de Matilde Pinzón, el teniente coronel Arnaiz había vivido dos. Por cada hora que Matilde dedicara al piano o al bordado en su estancia de señorita española, don Ramón de Arnaiz había pasado dos entre pólvora y cuarteles.

En cuanto don Ramón echó el cerrojo a la puerta de la alcoba nupcial, dejó de ser el pretendiente cortesano y se comportó como el soldado que era. La poseyó con una violencia peluda y temblorosa. La agredió. La obligó a hacer y dejarse hacer lo que una damita católica jamás habría soñado. ¡Qué desengaño, santo Dios de los cielos! Pero aquel era el marido que Dios le deparaba y ella se dispuso a aceptarlo con resignación. Por su parte, don Ramón emprendió esa misma noche la reeducación de Matilde.

Como hija única y huérfana de madre, hasta el momento de la muerte repentina de don Pedro Pinzón, este y el aya la mimaron con exceso. Además era hermosa, y desde los dieciséis años fue cortejada por numerosos pretendientes. Muy segura de sí, imitaba las excentricidades y caprichos de las heroínas románticas de sus abundantes lecturas.

Durante el período de los requiebros, el soldado don Ramón, con sus treinta y ocho años, supo ocultar cuánto le alborotaban

la bilis los caprichitos de la damisela. Logrado el matrimonio, ya se encargaría de meterla en cintura. Para ello don Ramón tenía sus métodos, los mismos que tan buenos resultados le daban con los halcones y lebreles.

La noche de bodas, después de satisfacerse a sus anchas, don Ramón abandonó la alcoba y desapareció de Campo Bermejo durante tres días. Cuando regresó, Matilde le preguntó dónde había estado.

—En un velorio —le respondió con sequedad.

A los dos días volvió a desaparecer y Matilde le reiteró su preocupación.

—Estuve en un velorio —le respondió don Ramón.

—¿En... en otro velorio? —balbuceó Matilde.

—No —respondió él, mirándola a los ojos—. ¡En el mismo velorio!

Aquella mirada furibunda se lo dijo todo. Matilde nunca más le preguntó por sus ausencias, que siguieron repitiéndose. A veces se marchaba a Madrid sin dar aviso, y cuando regresaba a los quince o veinte días, empleaba el tono de quien hubiera estado ausente media hora.

—¿¡Dónde están mis pantuflas!?

Matilde se refugiaba en el cuarto a llorar. Su única compañía era un enorme gato blanco. Acariciaba durante horas aquella piel tersa.

A los tres meses de casados ella expresó deseos de traer a su lado al aya que la atendiera desde su infancia.

—No —respondió don Ramón.

Ella insistió.

Don Ramón no contestó nada, ni alzó la vista del ejemplar de Polibio

Ella se llenó de valor y volvió a insistir.

Él marcó con el cordón de seda la página que leía, cerró el tomito encuadernado y la miró unos instantes pensativo, mordiéndose el labio superior con los ojos entrecerrados. Luego se levantó, se ajustó el cinturón de la bata bordada y caminó hasta la pared. Abrió el cajón de una escribanía, extrajo una pistola y le descerrajó un balazo al gato, que ronroneaba adormecido sobre el sofá.

Los sesos sanguinolentos del animal se desparramaron por la alfombra.

Ella dio un grito, se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar. Temblaba de pies a cabeza.

—¿A quién querías traer, Matilde? —preguntó don Ramón, soplando el cañón de la pistola.

Ella estuvo unos segundos meneando la cabeza y mordiéndose los labios. Cuando por fin pudo recuperar el habla, balbuceó:

—No... no, Ra...amón, no quiero tra...aer a nadie.

Don Ramón guardó la pistola, se acomodó el nudo de la bufanda entre las solapas lustrosas, y abrió el tomito de Polibio con movimientos delicados y el pulso firme. A la vista de aquellas manos tan peludas y nudosas, Matilde enloqueció.

Si el suicidio no hubiera sido un pecado mortal, Matilde se habría envenenado esa misma noche. Su confesor la instó a confiar en Dios: don Ramón era de todos modos su esposo, y los señores de Arnaiz al principio se portaban así con sus mujeres; pero cuando ellas corregían sus veleidades se purificaba el matrimonio, sacramento divino e inviolable. Era una prueba de fuego por la que ella también tendría que pasar.

Pero aún le faltaba a Matilde por conocer otra faceta de don Ramón.

Ya llevaban cuatro meses y medio de casados y Matilde había visto a su marido beber con moderación, pero nunca borracho.

Y hubo de verlo.

Fue una noche en que llegó a caballo en una carrera desenfadada, gritando a los sirvientes con su vozarrón cuartelero.

—¡Ea, canalla, golfos, venid aquí a saludar a vuestro amo!

De pie, en el portal de la casona, golpeando con la fusta en la caña de sus botas, hizo que las tres sirvientas de la casa, Paco el caballero y los mozos de la huerta, se arrodillaran y le besaran la mano. Entró luego a la casa lanzando carcajadas y fustazos sobre los sillones. Ese día Matilde estrenaba un vestido de encajes y un peinado de moda.

Él se quedó un momento mirándola boquiabierto. Ella intentó sonreír.

—¿Y a ti quién te ha dao permiso para vestirse así, so chusma? –le gritó don Ramón y se abalanzó sobre ella—. ¿Conque poniéndote galas de señora, eh? –decíale con voz sorda, arrancando jirones del vestido, mientras ella lo contemplaba muda, inmovilizada por el terror—. Si tú, y tu madre, y tu abuela, y tu bisabuela y tu tataraputa habéis sido todas plebeyas, ¿qué te ha *dao* ahora por vestirse de señora?

Ella no podía hablar. Se sentía clavada al piso. Abatida y casi desnuda, se orinó y sintió como si el ojo izquierdo le creciera, le creciera y se endureciese. Comenzó a parpadear sin tregua.

—¿Sabes quién soy yo? –volvió a preguntarle don Ramón.

Ella cerró los ojos.

—¡Contéstameee! –vociferó él.

—Mi marido –consiguió sollozarle.

—¡Nooo! –le susurró él con su jadeo alcohólico junto a la oreja—. Yo soy tu amo. ¿Me oyes, golfa?

Luego mandó llamar a la cocinera, la obligó a desnudarse e hizo que Matilde se pusiera sus abarcas, el vestido negro y su pañuelo de aldeana en la cabeza.

Cuando ella intentó huir, él la cogió a bofetadas y la arrastró de los pelos por toda la estancia, gritándole sierva, plebeya, golfa presumida.

—Y ahora, lávame los pies.

Mientras le lavaba los pies en una palangana, delante de toda la servidumbre, a Matilde le asomaron las primeras canas.

Desde entonces no pudo contener el parpadeo incesante del ojo izquierdo, y un temblor, como de carne recién muerta, en las mejillas.

EL CORONEL SAMPAIO  
(28 de octubre de 1970)

A FINALES DE SEPTIEMBRE, tras varios meses de negociaciones y experimentos, Charles Reeds recibió un cheque por cuarenta mil dólares. Una semana después, la FAO le propuso un ventajoso contrato en la Polinesia.

En San Francisco, días antes de coger su avión hacia Hawai, Reeds supo que no solo la Ribb Pharmaceutical estaba metida en aquel asunto de la planta.

Dos hombres jóvenes lo interceptaron a la salida de su hotel y lo invitaron a una breve caminata por un parque aledaño. Sólo habló uno de ellos, muy aromático, manicurado, con traje blanco de excelente corte. Lo visitaban para desearle un buen viaje, y de paso recordarle no cometer el desatino de mencionar, insinuar, o soñar en voz alta con una cierta planta amazónica. Sería lo mejor para que él y su familia no se vieran metidos en un lío, *in a fucking mess*, para expresarlo en términos científicos. Lo mejor para míster Reeds sería borrar de su memoria el Amazonas y hasta el propio Brasil, *okay?* En la Polinesia le esperaba un gran futuro.

Con su inclaudicable sonrisa y un gélido apretón de manos, el petimetre le reiteró sus deseos de un buen viaje.

El doctor Ferdinando Pessoa era un excelente profesional; un hombre jovial y optimista que como tantos de su índole, gustaba

de alegrar a los amigos y animar tertulias con anécdotas interesantes. Era, en verdad, muy comunicativo.

Reeds lo conocía desde 1962, antes de asumir su cargo en Santarem. Como aún no lo acompañaba su familia, cometió algunas travesuras. Por su afán de aprender la lengua cuanto antes, se relacionó con putas y brasileños que no hablaban inglés, como el doctor Ferdinando Pessoa. Juntos corretearon en los carnavales de Santos, y con frecuencia recalaban en lupanares donde Reeds mejoraba su portugués brasileño, con términos utilísimos, de gran acervo popular, pero ausentes en sus diccionarios y textos de gramática.

Reeds vislumbró desde el comienzo el gran negocio, y sin mayores precauciones decidió recurrir a su compinche Pessoa. Le aseguró tener en sus manos un producto extraído de la savia de un árbol, con el que se lograban efectos sorprendentes, y necesitaba demostrar su eficiencia a un paisano suyo. Para ello, le pedía acceso a algún moribundo sin salvación posible, víctima de intensos dolores. Reeds le daría a beber un fármaco y santo remedio. Para el enfermo sería una bendición y Pessoa se ganaría por el servicio una sustanciosa recompensa.

Quiso la buena suerte de Reeds que Pessoa tuviera en esos días un paciente terminal. Cuando Reeds llegó a la clínica con el director de la Ribb, lo presentó con otro nombre. Terminada la exitosa demostración, le reiteró a Pessoa la necesidad de guardar absoluta reserva.

Pero no faltaba más... Pessoa era una tumba, *porra*...

Sí, claro, Reeds lo sabía, y por eso confiaba en él; pero no obstante, se permitía reiterarle que cualquier imprudencia podía echar a perder el negocio.

Pessoa juró no hablar con nadie.

A los quince minutos violó por primera vez su juramento. Se lo contó a un colega, íntimo amigo, excondiscípulo, otra tumba, que también trabajaba en la clínica.

Pero en verdad, mientras Reeds no cerró el negocio, no volvieron a comentar el caso con nadie. Por fin, a mediados de octubre, Reeds se apareció en la clínica *O Salvador* y le entregó un cheque al portador por el equivalente de dos mil quinientos dólares contra el *Chase Manhattan Bank*, y le anunció que se mar-

chaba en esos días rumbo a Nueva Zelanda. Se despidieron con palmoteados abrazos y prometieron escribirse.

Al día siguiente, con sus dólares depositados en el banco, Pessoa se tomó unos tragos en casa del colega. Volvió a salir el tema, y cuando ya el alcohol dilataba los corazones y fortalecía el instinto de comunicación, llegó de visita un cuñado del anfitrión.

—Sigue, Nando, sigue, que Betinho es de toda confianza y muy discreto.

Pero Betinho, maravillado por la fuerza y originalidad de la anécdota, tampoco tuvo corazón para privar de ella al día siguiente, a Plinio Ferreira, su amigo y compañero de luchas estudiantiles, sindicalista incorruptible, hombre ducho en guardar secretos; sin saber que justamente por esa virtud, Plinio había ingresado un año antes en Policía Política Brasileña.

Así las cosas, el 28 de octubre de 1970, en una casa de las afueras de São Paulo, comparecieron ante el coronel Sampaio, jerarca de la PPB, los médicos Ferdinando Pessoa do Nascimento, Francisco de Paula Guimarães Neto y el hermético ciudadano Alberto Saa de Alencar. Por supuesto, Fleitas, el amigo del hermético, ducho en secretos, no fue invitado.

El coronel los interrogó a fondo y los tres se marcharon persuadidos de que cualquier comentario adicional sobre lo ocurrido en la Clínica *O Salvador*, les costaría la vida. Así, lisa y llanamente. Debían entender que fuerzas muy grandes se movían detrás de aquella planta. Era un problema del coronel y de sus superiores. De modo que los tres señores, a callarse la boca. A trancarla con un candado alemán. ¿Entendido? Y que el doctor Pessoa se presentara al día siguiente en el despacho del coronel.

El médico acudió muy nervioso. Pero a poco se calmó. El coronel se lo entregó a un oficial que lo llevó a los archivos de Inmigración. Pessoa pasó tres horas examinando fotos de americanos residentes en Brasil, hasta identificar al hombre que acudiera con Reeds a la clínica *O Salvador*. Era un tal Clifton Payne, gerente de la Ribb para América Latina.

Cuando el coronel Sampaio tuvo en su poder todos los datos, llamó a Mr. Binetti, un asesor de la PPB, y sin darle nombres ni locaciones, le bosquejó lo que averiguara en esos días.



Veinticuatro horas después, en Maryland, un calvito de espejuelos muy gruesos, leía el télex que le pusieran en su bandeja los descifradores de claves:

«Fuente fidedigna informa que en un hospital de São Paulo, Brasil, un enfermo víctima de fuertes padecimientos, ingirió un brebaje preparado con hojas de un árbol amazónico; y que a los cinco minutos dejó de sufrir hasta el día de su muerte, acaecida una semana después».

El calvito del Basurero (así le llamaban en Fort Meade a la Receptoría de Rutina Primaria), leyó el texto, le puso un cuño, acabó de masticar un sandwich, firmó al pie del télex y lo remitió al Departamento de Claves para recifrarlo con destino al Tech. 3. A la media hora, otro texto salía para São Paulo: «Urgente verificar información SP186: nombre del paciente, de la clínica, posibles testigos e informar código de la fuente fidedigna».

Esa misma tarde, John Binetti trataba de obtener la información del coronel Sampaio.

—Por supuesto, míster, no faltaba más, todo eso se puede averiguar, pero...

El coronel hizo un gesto de consternación, alzó los brazos en señal de impotencia, e inició una reflexión sobre el pundonor de un militar, los problemas morales; en fin, la difícilísima opción entre el deber y la amistad.

Binetti, criado en el Bronx, había vendido periódicos desde los doce años. Las calles de Nueva York le abrieron los ojos más que a muchos hombres de universidad. Como expolicía sabía cuál era su deber. Nunca estuvo muy convencido de nada. No hubiera sabido explicar a sus hijos hasta dónde era preciso oír la voz de la conciencia o dejarse llevar por el instinto de conservación. La moral también era un pedo muy difícil. Pero Johnny Binetti siempre supo si el gallo que tenía enfrente era un hombre de honor o un *son of a bitch*.

—¿Cuánto? —lo interrumpió de frente.

—Cuatro mil dólares —sonrió el coronel.

Binetti soltó un silbido y lo miró como si no creyera lo que oía.

Con auténtico disgusto comentó:

—Con franqueza, coronel, después de lo que le asignamos mensualmente, esto me parece ofensivo y...

—Esto es algo especial –lo cortó el coronel– y comprometedor; algo que debería informar primero a mi gobierno, al ministro de Salud Pública; y vaya, en fin..., cuando uno deja de cumplir con su deber para complacer a...

—Dos mil –dijo Binetti–. Lo toma o lo deja.

—Pues lo dejo, *porra* –gritó casi, el coronel.

Se había puesto de pie, y olvidado de sus transportes patrióticos y de la crisis de conciencia, con frenéticos sacudones de su índice en alto le censuró a Binetti que confundiera a un coronel brasileño con una puta dispuesta a rebajar su tarifa por no perder un cliente. Con él no había más que un precio, irrevocable.

Cinco minutos después se demostró que eso no era cierto.

Hizo una rebaja de mil y aceptó como condición que Binetti pudiese comprobar, antes del pago, la veracidad e importancia de sus informaciones.

Ante una grabadora que Binetti sacó de su maletín, Sampaio soltó todo lo que sabía: el ingeniero Charles Reeds, funcionario de la FAO, Santarem; Clifton Payne, gerente de la Ribb; el paciente Lourenço Vargas de Morães, con domicilio en la Avenida Río Branco número tal, clínica *O Salvador*, cáncer de colon, gritos como de un torturado, no dejaba dormir a nadie, la viuda, los hijos, cualquier enfermero podía testificar, desde que tomó el cocimiento ya no volvió a sufrir, no hacía más que sonreír, los médicos oncólogos Ferdinando Pessoa do Nascimento y Francisco de Paula Guimarães, el ciudadano Alberto Saa de Alencar, y todos ellos bajo intimidación de primer grado, aseguraron no haber comentado con nadie más y juraron no abrir la boca.

Comprobados los hechos, Binetti decidió que el coronel era un idiota. En su caso, Binetti habría entregado gratis los hechos ocurridos en la clínica, para después de engolosinar al cliente con la maravilla de aquel cocimiento, sacarle veinte mil dólares por dar los nombres de Reeds y Clifton Payne, únicos conocedores de la planta y del cocimiento.

John Binetti se equivocaba. Sampaio no era ningún idiota; y si procedió así, fue porque dio por seguro que tanto Reeds como el director de la Ribb trabajaban para la inteligencia norteamericana. Si de entrada soltó todo lo que sabía, fue para que le compraran su silencio, so pretexto de que se le pagaba una información descubierta por él.

También Sampaio se equivocaba. Ni Reeds, ni el director de la Ribb eran agentes de nadie. Lo que él descubriera valía una fortuna. Pero como nunca lo supo, se dio por satisfecho con los tres mil dólares. Renovó un par de muebles en el pisito de su querida y le compró una alfombra roja para el baño.

EN EL TORMES GENTIL  
(1924)

OBTENIDA UNA LICENCIA DEL MINISTERIO DE GUERRA, para ocuparse de «asuntos de familia», don Ramón de Arnaiz permaneció seis meses alejado del servicio activo.

En poco tiempo logró deshipotecar la hacienda de Campo Bermejo y organizar, a su modo, la administración de sus propiedades en Extremadura. En febrero de 1918 comunicó su decisión de reincorporarse y le asignaron una plaza en Marruecos, para la Comandancia Militar de Melilla. Una vez allí, recibió un telegrama que le anunciaba el nacimiento de su hijo Jaime, a quien no conocería hasta ocho meses después, cuando regresó a Salamanca para las Navidades.

Encontró a un niño muy robusto, que gateaba por toda la casa y balbuceaba ya sus palabrejas.

Don Ramón apenas reparó en él. Dedicó todo su tiempo a ajustar cuentas con los aparceros de Campo Bermejo. Estuvo tres días y se marchó sin despedirse, ni informar sobre la fecha de su regreso. De Salamanca pasó a Extremadura, examinó los libros con el administrador del molino y los dos cortijos, y siguió al África. Eso mismo hizo durante los dos años siguientes.

Fueron años turbulentos en Marruecos. La población del Rif, agitada por Abd-el-Krim, amenazaba con sus guerrillas la obra de

ocupación colonial que España iniciara desde 1909. Las cosas ya venían caldeadas desde el acuerdo hispano-francés de 1912; y en julio del 21 tendría lugar la desastrosa derrota de Annual, que culminó con el colapso de Melilla y su comandancia. Fue el momento de mayor descrédito para el militarismo español, y para su general en jefe, el monarca Alfonso XIII. Pero don Ramón de Arnaiz, por su desempeño durante los combates de junio y julio contra las guerrillas rifeñas, ganó dos tiros en la cadera, un sablazo en la mejilla y su ascenso a coronel.

Pasó dos meses en un hospital militar, y cuando le dieron el alta, acudió al llamado del general Miguel Primo de Rivera, que a la sazón desempeñaba la Capitanía General de Cataluña y requería a su lado, para adelantar los preparativos de su golpe militar, lo que él llamaba «soldados endocrinos».

El golpe, en realidad, no se produjo hasta septiembre de 1923. Don Ramón de Arnaiz le sirvió con lealtad durante tres años, pero se llevó una gran decepción. El general Primo de Rivera y Orbaneja, segundo marqués de Estella y maestrante de Ronda, resultó mucho más un político que un militar y ejerció la dictadura con guante blanco. No le era fácil despojarse por completo de la tradición liberal de su juventud, ni olvidar que el marquesado le venía por los triunfos de su tío contra el absolutismo carlista. Esto hizo que no apretara las tuercas de la dictadura al gusto de Arnaiz, ni siquiera después de su visita a la Italia fascista, en 1924. Por esos días el coronel participó en una conspiración contra Primo de Rivera, abortada a las pocas horas.

El general fue benévolo con él. Se limitó a separarlo del ejército y a recluirlo en sus tierras de Campo Bermejo.

En cumplimiento de lo dispuesto por la corte marcial, antes de las veinticuatro horas de su llegada, Arnaiz se presentó a la autoridad militar de Salamanca. Su custodia cayó en manos de un teniente coronel que sirviera con él a las órdenes del general Silvestre. Quedó establecido que cuando don Ramón necesitara desplazarse fuera de la provincia de Salamanca, su excamarada le expediría un salvoconducto, y don Ramón, bajo palabra de honor, se comprometería a no ausentarse más de dos semanas. Eso le permitiría, de vez en cuando, viajar a Extremadura y ocuparse de sus bienes. Por lo demás, para ir a la ciudad de Salamanca

o para salir de caza hasta el límite norte de la Sierra de Gredos, don Ramón no necesitaría permiso. Lo único que su colega le prohibía era beber en establecimientos públicos de la ciudad. El teniente coronel Bisbal sabía muy bien por qué se lo prohibía.

Don Ramón había visto por última vez a su hijo Jaime en octubre de 1921, antes de marcharse a Barcelona. El niño tenía entonces tres años. De regreso se lo encontró con seis, y acompañado de un hermano, Ramiro, nacido en julio de 1920.

Para su sorpresa, Jaime tenía los mismos rasgos del tatarabuelo don Francisco Arnaiz de las Revillas, que en su atuendo de los Caballeros de la Orden de Santiago, dominaba desde un óleo el antiguo salón solariego.

El coronel se enteró de que había aprendido a leer solo, a los cuatro años, y de que sacaba en el piano, casi en el acto, cualquier melodía de las que oía tocar a su madre. Sonrió al conocer otro rasgo del niño, que atormentaba a Matilde: su temeridad ante el peligro. Vivía encaramado en los techos y cimas de los árboles, y por las noches, Paco debía poner candados en las caballerizas, para que el niño no se llevara los caballos y saliera a merodear por los campos.

El otro niño era menos robusto y no daba hasta el momento señales de seguir los pasos del hermano.

Jaime hablaba con la dicción de un muchacho mayor, y don Ramón comprobó que leía a primera vista, con buena entonación y sin titubeos. Unas pocas preguntas le demostraron que Jaime entendía lo leído, y manejaba un vocabulario muy superior al de sus coetáneos.

Desde el año precedente, Matilde había contratado a don Fabián, un maestro retirado que acudía dos veces por semana a Campo Bermejo para instruir al niño en aritmética y escritura, hasta que el padre decidiese sobre su educación definitiva. Pero Jaime no quiso aprender la letra cursiva, y por su cuenta se puso a imitar la de imprenta. En aritmética, lo único que consiguió don Fabián fue enseñarle a contar. Tampoco logró nunca que hiciera tareas. Cuando él se las proponía, el niño meneaba la cabeza. Como era evidente que la madre carecía de autoridad y a don Fabián le

venían muy bien aquellos duros semanales, con los que reforzaba su pensión de maestro público, se las ingenió para romper la hostilidad de Jaime, mediante el recurso de narrarle con aportes novelescos de su cosecha, la historia de España. Aquello sí, despertaba el interés del niño. Luego se dedicó a leerle biografías de los grandes hombres, de las adaptadas para niños por la Editorial Araluce. La biografía de Hernán Cortés le despertó tanto entusiasmo, que no esperó por don Fabián y la terminó en un solo día. Así fue como se logró que aquel niño díscolo se leyera en los últimos cuatro meses, las biografías de Aníbal, Julio César, Alejandro, don Juan de Austria, Miguel Servet, Goya, y grabara en su memoria episodios descollantes de la historia española.

Por fin, el indudable talento del muchacho, indujo a don Ramón a ocuparse en persona de su educación. Sus planes nunca fueron convertirse en maestro particular. Al principio le parecía impropio de un soldado. Pero con el pretexto de matar el tedio, decidió ensayar.

A los pocos días, tan singular pasatiempo se convertiría en centro de su interés cotidiano y un eficaz lenitivo contra aquel exasperante confinamiento. Y como reflejo de su complacencia con el muchacho, desde esa época tuvo inusitados miramientos con la madre. Se cumplía así la advertencia del padre Cosme: Dios la premiaba por su resignación. No obstante, Matilde lamentaba que Dios no le devolviera sus cabellos, otrora negros como el endrino, ni la transparencia de sus mejillas.

A los veintiséis años, doña Matilde Pinzón de Arnaiz evitaba mirarse en los espejos su cabellera gris y el rostro asimétrico, cada vez más contraído por el tic en el ojo y por la vibración espasmódica de la mejilla. Durante los primeros años rezaba mucho y vivió recogida en su cuarto; pero cuando la relación con su marido sufriera aquel vuelco favorable, aunque ya no fuese capaz de sonreír, volvió a sentarse al piano con cierta asiduidad.

En efecto, el coronel Arnaiz no volvió a maltratarla, ni siquiera de palabra. En el comercio carnal cesó casi por completo de requerirla. La usaba un par de veces al año con fines de procreación, pero solo tuvieron aquellos dos varones.

En la educación de su hijo, don Ramón comenzó por el arte ecuestre. El niño sabía montar al estilo rústico de los charros sal-

mantinos, pero don Ramón lo introdujo en las técnicas de la hípica militar, donde demostró un arrojo digno de los Arnaiz. En el salto de obstáculos no lo amedrentaba ningún porrazo. A lo sumo lo enfurecían y lo incitaban a persistir.

Otra cosa que complacía al padre era la avidez con que el muchacho lo atendía y su obstinación por cumplir al milímetro las instrucciones. En pocos días aprendió a marchar y a obedecer con prontitud las voces de mando.

Pero el día en que don Ramón se sintió más orgulloso del niño, fue cuando le enseñó a nadar. Aplicó el mismo procedimiento con que don Luis Esteban le enseñara a él. Lo llevó hasta un arroyo, a media legua de Campo Bermejo, cuyas orillas, bastante escarpadas, distan unas nueve brazas. Ni el coronel, que era un hombre alto, daba pie en aquellas aguas, por cierto muy frías durante el otoño, avanzado ya.

Fue al atardecer, y el viento mecía los juncales. Desmontaron de las jacas y don Ramón le ordenó que se desvistiera. Él también comenzó a desvestirse, mientras controlaba de reojo las reacciones del niño. El cuerpecito comenzó a temblar. La piel se le engrifó, pero tenía el semblante sereno. Contempló con reprimida admiración la desnudez del padre, el pecho cubierto de pelos, los enormes genitales, y sobre todo su piel muy blanca, cubierta de tajos, punzadas, arrugas, huecos y fruncidos.

—¡Firmes!

—¡Cuerpo a tierra!

—¡Boca arriba!

Incluso acostado, el niño mantenía el mentón erguido y los brazos pegados al cuerpo.

—¡Brazos y piernas extendidos!

Cuando lo tuvo en esa posición, lo cogió por un brazo y un tobillo, dio con él dos vueltas en el aire, lo lanzó en medio del arroyo y se alejó de espaldas a la orilla.

El niño se hundió, comenzó a braccar desesperado, tragó varios buches de agua y al cabo consiguió cogerse de las ramas de un sauce, medio ahogado por la tos y el jadeo.

—¿Has visto lo fácil que es? —dijo don Ramón, y le arrojó una toalla a la orilla



El niño salió con un expresión de furia insana en el semblante, y don Ramón se puso en guardia. Pero Jaime estaba rabioso consigo. Tiró la toalla lejos, dio un grito, corrió de regreso al barranco y se lanzó de cabeza.

Emergió golpeando el agua con los puños. Era un ataque de furia. Don Ramón tuvo miedo y zambulló para sacarlo, pero Jaime comenzó a gritar escupiendo agua: «¡Déjeme, padre, déjeme solo!», hasta que volvió a salir sin ayuda.

Fue una gran satisfacción; y un orgullo, como el que solían depararle en las riñas sus gallos victoriosos.

De un chaval así, el coronel sacaría un gran soldado.

ORDEÑO Y MANDO  
(Noviembre de 1970)

EL CORONEL SAMPAIO pidió que le trajeran a su despacho al médico Ferdinando Pessoa.

«Está cagado», se dijo, al verlo entrar, palidísimo.

—Siéntese, doctor, y tenga la amabilidad de oírme.

El coronel lo citaba para que le diera una simple ayudita. Se trataba de hacer un trabajo discreto. Algo que quedaría entre los dos, y sin duda el amigo Pessoa era la *pessoa* indicada.

—¿Un cigarro?

No, gracias, Pessoa no fumaba.

El coronel lo felicitaba. Un médico debía dar siempre el ejemplo. Eso era lo correcto. Y a propósito de cosas correctas, ¿el doctor Pessoa ya no se veía con el gallo de la Ribb?

Una cosquillita estremeció a Pessoa desde la nuca hasta el coxis.

—¿E...e...el gringo? —preguntó, simulando no advertir la sonrisa zumbona del coronel ni su tamborileo sobre la mesa—. Bueno..., sí coronel, el gringo estuvo yendo a diario a interesarse por el paciente, pero después que falleció no ha vuelto, no...

—¿Y usted no cree, doctor, que ya es hora de hacerle una visita al gringo ese?

—¿Yo? ¿Una visita al grin...?

—¿Cuánto te dio Reeds por la demostración en la clínica?

El repentino tuteo y la mirada desdeñosa del coronel, lo desquiciaron. Se sintió idiota, con ganas de orinar.

—¿Cuánto te dio? ¡Habla, *porra!*

—Mil qui...nientos dólares —dijo Pessoa mirando al piso.

¿Y por esa bagatela, por esa miseria el doctorcito se exponía a que le quitaran su título y lo llevaran preso? ¿No sabía acaso lo que le ocurriría si el ministro de Salud se enteraba de que Pessoa encubría el uso de medicamentos no autorizados? ¿No entendía que si el coronel Sampaio denunciaba el caso, que si Sampaio no fuera su amigo, él estaría ya preso?

Y Pessoa estrujándose las manos, claro, por supuesto que entendía, y no hallaba cómo agradecer al coronel aquel gesto tan humano, tan comprensivo...

¡No señor! ¡Ni humano, ni comprensivo, ni un carajo! Él estaba allí para hablar de negocios y no para recibir piropos. Y al sacudir frenético sus dos brazos en alto y dirigirle una mirada amenazante, le vociferó que nadie debía equivocarse con él. ¿Se creía el doctorcito que él iba a tragarse el cuento de que Reeds sólo le había pasado mil quinientos dólares?

—¡Pero, coronel...!

—¡Cállate, *porra!*

Al coronel lo enfurecía que lo interrumpieran; y si Pessoa quería salir de ese embrollo, que oyera muy bien lo que el coronel le iba a decir.

Pessoa se secó el sudor de la frente. Le temblaba el pañuelo en las manos.

El coronel encendió otro cigarro y volvió a sentarse.

En realidad, él sólo quería ayudarlo. Que el doctor lo disculpara por perder los estribos, pero el coronel estaba indignado con esa canalla de la Ribb, y con el gringo Reeds, que si todavía estuviera en Brasil ya lo tendría en un calabozo.

Volvió a ponerse de pie, se aproximó a Pessoa con una sonrisa, y tras apoyarle una mano condescendiente en el hombro, declaró que sí, sí sí, el coronel sabía que el doctor Pessoa era un muchacho sano, ingenuo, y los dos gringos, soberanos *filhos da puta*, le habían pagado aquel servicio clandestino y peligroso, con una tajada miserable. ¿Pessoa no se respetaba a sí mismo? Violar su ética profesional y correr semejante riesgo por mil qui-

nientos dólares, era primero una indignidad antipatriótica y luego una estupidez.

El coronel se detuvo a mirarlo fijo, casi con asco.

Pessoa estaba a punto de llorar.

Ningún paulista ignoraba quién era el coronel Sampaio. En 1964 la dictadura le otorgó carta blanca para ejercer todas las formas de terror. Como dirigente de los Escuadrones de la Muerte, torturaba y desaparecía gente sin rendirle cuentas a nadie...

La intensa sudoración y palidez de Pessoa, hablaban por él.

«Está cagado hasta el pelo», se dijo el coronel. Era llegado el momento del sablazo.

—Lo que tienes que hacer ahora es visitar al gerente de la Ribb y decirle que si no te da tres mil dólares, denunciarás el caso a la policía.

—¡Pero, coronel! —y se echó a llorar—. Pídame otra cosa. Yo no soy el hombre para una cosa así.

—¿Por qué? ¿Te resulta desagradable?

—Me resulta imposible —lloriqueó Pessoa.

—Entonces, ¿prefieres la cárcel, donde te van a gozar las nalgas entre cuatro desde el primer día?

Pessoa se tapó el rostro con ambas manos y gimió estremecido.

El coronel volvió a palmotearle el hombro.

Vamos, vamos... La cosa no era para tanto. Pessoa era un niño. El coronel podía ser su padre. En este mundo debíamos acostumbrarnos a enfrentar lo desagradable para protegernos de lo peor.

¡Ah!, y a propósito: cuando el gringo le entregara los tres mil dólares, Pessoa debía traérselos al coronel para donarlos a la Caja de Socorro de Viudas y Huérfanos de la Policía. Con el generoso donativo, los poderes policiales serían sus más leales amigos; y desde ese día defenderían al doctor Pessoa en cualquier trance, con razón o sin ella.

Retomando el tono autoritario cogió el teléfono y señaló a Pessoa la puerta.

—Eso es todo, doctor —lo despidió—. Hasta la semana próxima.

Tres días después, muy drogado, Pessoa estaciona su carro a media cuadra de la Ribb Pharmaceutical Inc. Como un autómata sube hasta el despacho de Mr. Clifton M. Payne, que lo esperaba para una entrevista solicitada en horas de la mañana.

Todo salió mucho mejor de lo que Pessoa imaginara. Con inesperada mansedumbre Payne manifestó que aquello le parecía muy justo, y en el término de un par de días le liquidaría esa cantidad.

Pessoa no tuvo siquiera que amenazarlo. ¡Increíble!

Al coronel Sampaio también le resultó una sorpresa. Calculaba que Pessoa no se atrevería a chantajear al gringo. Supuso que para quitarse de encima su compromiso con las Viudas y Huérfanos de la Policía, rebuscaría en cielo y tierra hasta reunir los tres mil dólares.

PAIDEIA  
(1926)

AL ASUMIR LA EDUCACIÓN DE JAIME, el coronel despidió a don Fabián y elaboró un plan de actividades.

Madrugaban a las cuatro y salían a cabalgar por los caminos aledaños, animados por los ladridos de los lebreles, que a esa hora despertaban a los demás moradores de la casona. Luego nadaban en la cañada, junto a la huerta, y regresaban a vestirse en sus habitaciones. Cinco minutos después, con uniforme de cadete, Jaime se sentaba a la mesa del desayuno; y cuando el reloj de péndulo daba el campanazo de las cinco, el coronel aparecía en el comedor. Jaime lo saludaba en posición de firmes y luego tomaba asiento frente a él.

Paco, vestido de camarero, les servía sobre un mantel impecable y con la mejor vajilla de la casa. Don Ramón fiscalizaba con extremo rigor, tanto el desempeño de Jaime como el de Paco en el cumplimiento de la urbanidad militar. Un botón faltante, una manchita insignificante en el uniforme del cadete o en las ropas de su camarero y ordenanza, significaban plantones, vigiliias y trabajos forzados durante las horas del descanso.

Ya instalados en la estancia que coronaba la torre, comenzaban las clases. Primero, el coronel impartía ante la pizarra quince minutos de matemáticas, y luego, hasta las ocho, el niño resolvía decenas de ejercicios propuestos en el texto del padre Jiménez.

Mientras tanto, don Ramón proseguía su *Historia de la milicia española bajo los Austria*. El coronel y el cadete trabajaban, cada uno en su mesa, con las guerreras abotonadas hasta el cuello, sin apoyar los codos y con el torso erguido.

Seguían luego, desde las ocho y cinco hasta las nueve menos cinco, las prácticas de equitación. A las nueve Jaime subía a la torre y estudiaba solo las lecciones de historia, geografía, historia natural, etcétera, que le prescribía el programa oficial de enseñanza. Don Ramón, entretanto, leía o atendía sus asuntos privados; y a las diez y media subía a tomar las lecciones del cadete. Permanecía con él media hora para ampliar, precisar o rectificar los conocimientos que el niño acababa de adquirir. Desde las once hasta las doce menos cinco, Jaime memorizaba poemas del Romancero y del Siglo de Oro, que luego vomitaba mientras ambos caminaban hacia el comedor para el almuerzo.

Dedicaban una hora a la siesta y por la tarde llegaba el turno de la esgrima, el tiro, los ejercicios de violín con el acompañamiento pianístico de la madre, en presencia del coronel; luego el entrenamiento de los lebreles, y por fin lo que constituía para ambos la parte más deliciosa de la jornada: el entrenamiento de halcones para la caza de altanería.

Cenaban a las seis y media, y a partir de las siete el niño leía en su cuarto novelas de aventuras seleccionadas por el padre. A las ocho y media acudía a la alcoba de la madre para el rosario, y al cabo pedía la bendición a don Ramón y se retiraba a dormir.

Con la introducción de algunas variantes al final (física, táctica y estrategia, balística, heráldica, teoría de armamentos), este programa duraría seis años y se cumpliría estrictamente de lunes a viernes.

Los sábados por la mañana Jaime partía hacia Salamanca en la volanta de la casa, que conducía Rafael, para recibir el catecismo con el padre Cosme y la clase de violín en el conservatorio de los dominicos, junto al Patio de las Escuelas Menores.

A la madrugada del domingo, padre e hijo, acompañados de sus ordenanzas Paco y Rafael, oían la misa cantada de las cinco en la Catedral Nueva; y de allí salían por el resto del día a sus partidas de caza, con ocho o diez lebreles y un par de halcones. Las

más de las veces cazaban en los cotos de los Solís, los Fonseca, los Maldonado.

Los resultados de aquella educación no se hicieron esperar. El coronel se esmeró porque su hijo pasara los exámenes de cada grado en el colegio de Santo Domingo, donde obtuvo los diplomas correspondientes y las felicitaciones del rector por sus notas máximas en todas las asignaturas. Además, ya a los ocho años, Jaime participaba en los conciertos de violín que los alumnos más aventajados del conservatorio ofrecían durante las Pascuas.

Además, de manos del Barón del Pujol de Planés, Mayodormo de Semana y Camarero Secreto de Su Santidad, Jaime recibió el trofeo de la Pequeña Maestranza por su primer lugar en un concurso hípico, en el que intervinieron jóvenes nobles de hasta diecisiete años; y para rematar se ganó una distinción en los torneos provinciales de tiro de pichón, en el año 1926.

El calendario, tal como lo elaborara don Ramón, respetaba también los feriados y vacaciones de la enseñanza regular, que aprovechaban para pasar, a veces solos y otras acompañados de sus pajes, semanas enteras en lo más intrincado de la Sierra de Gredos, dedicados a la cacería y a la vida montaraz.

La vieja casta espartana de Campo Bermejo, revivía en Jaime de Arnaiz. A duras penas ocultaban padre e hijo, el uno su orgullo de progenitor y maestro, y el otro su idolatría filial.



FIRST REPORT  
(8 de enero de 1971)

**DATE:** 8<sup>th</sup> January 71  
**FROM:** Anna 497-F01  
**TO:** Lennox 623-H07  
**CRYP:** TRF: 754209  
**SUBJECT:** TAP TEA  
 FIRST REPORT

Presentamos aquí el resultado de algunos experimentos efectuados entre el 3.XI.70 y el 3.I.71, durante los cuales se suministraron dosis y concentraciones diversas del cocimiento del árbol del Tapajoz (en adelante Tap Tea) a animales de laboratorio y seres humanos. En todos los casos el cocimiento se elaboró según el procedimiento indígena. (Para los datos técnicos de dosis y concentraciones consultar separata adjunta, por la criptoclave 11-R1h6).

EXPERIMENTO 1 (3.XI.1970) donde se pretende establecer si en efecto es posible lograr resultados analgésicos contra dolores equivalentes al del veneno de una raya y al de un cáncer agudo de colon (de valores 7 y 8 en la escala Tritt).

Un mono y dos perros recibieron fuertes aplicaciones de trementina. Cuando aullaban de dolor, se les obligó a beber dos onzas de Tap Tea. Antes de dos minutos los tres sujetos de la experimentación cesaron de aullar y cayeron en somnolencia. No reaccionaron ante golpes o pinchazos en las zonas doloridas. El

mono despertó a los dieciocho minutos y comenzó de nuevo a chillar. Los dos perros, de raza fox terrier, durmieron treinta y cinco minutos el uno y cincuenta y dos el otro. Ambos despertaron aullando.

CONCLUSIONES:

El cocimiento produce un sueño fulminante y de corta duración. Durante el sueño ejerce un evidente efecto analgésico, que cesa en cuanto el sujeto despierta.

EXPERIMENTO 2 (6.XI.1970)

Prueba de potabilidad en seres humanos y observación de algunas reacciones gastroenterológicas.

Un condenado a cadena perpetua, veintisiete años, ciento ochenta libras de peso, raza negra, salud normal, bebió cuatro onzas del cocimiento y vomitó de inmediato sin que se notara efecto adicional alguno.

CONCLUSIÓN:

El cocimiento, con la concentración descrita por el informante y en dosis de cuatro onzas, puede ser de muy difícil administración oral.

EXPERIMENTO 3 (11.XI.70), para verificar los resultados del experimento 1 con humanos.

Diez reclusos de una cárcel de Indiana, seleccionados por su buena salud, recibieron durante la cena carne estofada que contenía una fuerte dosis de propalgine. De inmediato comenzaron a padecer fuertes dolores. A los quince minutos llegaron al hospital, donde les administramos el Tap Tea. Los diez bebieron cuatro onzas, con la misma concentración de los casos anteriores.

Seis de ellos vomitaron sin observarse efectos especiales y fueron devueltos a la cárcel, aliviados con morfina. Los cuatro restantes se durmieron en el acto y cesaron de quejarse. Durmieron entre dieciocho y treinta minutos y siguieron quejándose al despertar. Cuando cesó el dolor, previsto para una hora, el controlador lo atribuyó al efecto del cocimiento. Los sujetos experimentales 1, 3 y 4 declararon sentir algunas náuseas y durante el resto del día se mostraron inapetentes. El número 2, por el contrario, manifestó estar ok y evidenció ciertas reacciones eufóricas no habituales en él.

#### CONCLUSIONES:

Se confirma que estamos en presencia de un somnífero de acción inmediata. Se confirma que también en seres humanos actúa como un fortísimo analgésico. Se confirma que por su olor nauseabundo es de muy difícil administración oral.

EXPERIMENTO 4 (13.XI al 8.XII.70), para evaluar las posibilidades asimilativas del Tap Tea en sujetos que reciban dosis escaladas.

Los cuatro señalados aceptaron someterse a un tratamiento a largo plazo, siempre y cuando se cumpliera la promesa de rebaja de penas. La experimentación se llevó a cabo fuera de la cárcel. Se volvió a suministrar el cocimiento a 1, 3 y 4 en dosis de media onza, y durmieron entre siete y doce minutos. 1 y 3 sintieron ligeras náuseas durante las dos horas siguientes, y 4 no. El resto del día declararon sentirse muy bien. En las 48 horas siguientes 1 y 3 recibieron dosis de media onza. 1 ya no sentía náuseas al tercer día, y 3 al quinto. En consonancia, a cada uno, a par-

tir del momento en que dejaron de sentir las bascas, se les aumentó la dosis en media onza. Cuando el nuevo régimen les provocaba el mismo efecto, se administraba igual cantidad hasta que la asimilaran. Así llegaron los tres a tolerar una dosis de cuatro onzas: 1 en dieciocho días, 4 en veintiuno y 3 en veintitrés. El excepcional sujeto número 2, que no se quejara con la primera ingestión de cuatro onzas, llegó en este lapso a tolerar una de doce y durmió durante sesenta y cinco minutos. Al recuperarse del sueño suplicaba que le dieran más *juguito* y que lo dejaran tranquilo.

Cuando el brebaje ya no les producía vómitos, 1, 3 y 4 evidenciaron una tendencia a la euforia. El número 3, que aceptó el tratamiento bajo amenazas, tenía durante los últimos días una excelente disposición para colaborar.

#### CONCLUSIONES:

La cantidad de Tap Tea ingerida parece estar en relación directa con la duración del sueño que provoca, aunque sometida a fluctuaciones según cada persona. Ante una dosis de 4 onzas, las cifras individuales son las siguientes:

1: 17–21 minutos

2: 19 minutos (estable)

3: 18–24 minutos

4: 15–17 minutos

Las relaciones correspondientes para tres, dos y una onzas, son proporcionales en razón directa. Se puede conjeturar además que el proceso de habituación varía mucho según el sujeto. (Compárese el comportamiento de 2 y 3).

EXPERIMENTO 5 (10–14.XII.70), para estudiar la reacción de los sujetos ante diversos estímulos somáticos y el comportamiento de la memoria.

Los cuatro ingirieron de nuevo una dosis de cuatro onzas. Durante el sueño se les sometió a golpes leves, pinchazos, aplicaciones térmicas, pequeñas descargas eléctricas. Ninguno denotó dolor durante el sueño. Se les abrieron los párpados con utensilios oftalmológicos y se les encandiló con luces verdes, rojas y azules de cien voltios, sin que ofrecieran reacciones visibles. Se advirtió que durante el sueño no ocurría el leve movimiento pendular característico del sueño fisiológico, sino los movimientos propios del sueño REM (Rapid Eyes Movements). En consonancia clínica con esto, se observó que ninguno de los cuatro sujetos presentaba la configuración encefalográfica del sueño natural. En vez de las curvas amplias, propias de la primera hora y media, produjeron una onda de frecuencia rápida (cf. diagrama adjunto, fig. B-3/4), característica del estado de hipnosis. Este era el primer hecho notable que nos deparaba la serie de experiencias.

El segundo fue que los sujetos oyeron durante el sueño una música a gran volumen, y por sus gestos involuntarios resultaba evidente la conexión de las aferencias auditivas.

Al despertarse, los sujetos no recordaban lo ocurrido: ni el maltrato epidérmico, ni las luces, ni la música. Durante los días 12 y 14 de diciembre se repitió la misma experiencia con estímulos olfativos, papilares, internos y en zonas erógenas, que rechazaron.

#### CONCLUSIONES:

1. La utilización del cocimiento produce AMNESIA LACUNAR.
2. Los sujetos reaccionan ante los estímulos auditivos.
3. Los sujetos no reaccionan ante otros estímulos.

NOTA: El hecho de inhibir todas las aferencias externas, pero no así las auditivas, es sorprendente y muy promisorio desde la perspectiva farmacológica.

#### EXPERIMENTO 6 (16.XII.70 al 3.I.71)

Como culminación de esta primera tanda experimental, se procura indagar si los sujetos aceptan órdenes posthipnóticas, como sugiere lo ocurrido en Brasil; y entre ellas, la de prolongar el sueño.

Por primera vez en una experiencia conjunta, los mismos cuatro sujetos recibieron cuatro onzas de Tap Tea.

A los diez minutos de sueño REM (16.10 h) se les ordenó en voz alta, bien audible, que durmieran hasta las 19.00 h. Por las experiencias anteriores se sabía que estos sujetos, sometidos a cuatro onzas de Tap Tea en las concentraciones indicadas, dormían una media de veinte minutos.

El hecho más significativo de este mes y medio de experimentación se produjo el 16 de diciembre a las 16.15 h, cuando en los encefalogramas de los cuatro sujetos se observó que la onda de frecuencia rápida del sueño REM, en los cinco minutos posteriores a la orden, adoptaba la configuración de curvas amplias característica del sueño natural. Desde el punto de vista neurofisiológico estamos en presencia de un hecho notable, sobre todo por la insólita brusquedad del tránsito.

Los sujetos despertaron entre las 18.57 h. y las 19.02 h., y ninguno recordaba haber recibido orden de dormir.

El 18 de diciembre, en una segunda sesión del mismo experimento, se formuló a los cuatro sujetos la sugerencia posthipnótica de que al despertar sentirían una sed abrasadora. Se observó que los cuatro sufrieron inhibición gradual de la secreción salivar. La lengua se les reseco y, en efecto, en cuanto despertaron bebieron grandes cantidades de agua.

En las sesiones siguientes se les impartieron diversas órdenes para cumplirlas muchas horas después del despertar, o incluso en días posteriores. Hicimos que uno de ellos se dejara el bigote, otro la barba, que otro durmiera desnudo, que uno más hiciera gimnasia y que leyeran determinados títulos disponibles en la biblioteca de la prisión; que sintieran frío, calor, dolores, deseos de bailar, jugar billar y muchas cosas más.

#### CONCLUSIONES GENERALES

1. El Tap Tea es un fuerte analgésico.
2. Es un somnífero de acción inmediata y corta duración.
3. Es un notable inductor del sueño REM (estado de hipnosis).
4. Selecciona los mecanismos corticales, por cuanto elimina todas las aferencias íntero y exteroceptivas, excepto la audición.
5. Produce amnesia lacunar.
6. Produce euforia.

Dada la premura con que se nos solicitó la investigación del Tap Tea, debemos ser los primeros en reconocer que nuestro trabajo, desde el punto de vista científico, resulta deficiente en varios aspectos. No se ha estudiado la esencia farmacológica de la planta en sí, paso que debió cumplirse como primera etapa de la investigación. No se ha efectuado ningún

estudio sobre residuales en sangre y orina. Se saltaron varias etapas de investigación con animales de laboratorio, y hemos encaminado estas primeras fases, tal como se nos solicitara, al propósito exclusivo de comprobar si las informaciones suministradas tenían algún fundamento. Los miembros de este *team* consideramos, no obstante, que el Tap Tea podría servir como punto de partida para elaborar un producto formidable.

Como paso inmediato, recomendamos investigar si genera adicción y con qué índices, y además conocer todas sus propiedades farmacológicas e iniciar los necesarios estudios fitoquímicos para aislar los principios que determinan su acción inductora del sueño REM. En cuanto a la interrogante que se nos formula, este informe demuestra que los testimonios suministrados por ambas vías son veraces y alentadores.

Pat O'Flaherty apagó el criptófono.

*Jesus Christ!* Entonces era cierto...

Él había pensado en una exageración de las tantas habituales, que resultaban luego de escasa o ninguna importancia. En todo caso el *boss* no le concedía ninguna. Lo probaba el que le hubiese confiado la verificación a él, y no a uno de sus favoritos del *staff*.

Esa misma tarde hablaría con el doctor Willoughby. De eso no quería constancia, ni siquiera en criptófonos. Necesitaba saber si desde el punto de vista científico era posible aislar la sustancia inductora del estado de hipnosis. Si era así, se estaría en presencia de un fármaco excepcional, capaz de revolucionar las técnicas de inteligencia. Eso daría lugar a un *big game*. Y como él, Pat O'Flaherty, abriera la primera entrada de ese juego, se desempeñaría con gran cautela para no dejarse relevar. A medida que acopiara información, trazaría un plan. Esta podía ser su gran oportunidad y no la dejaría pasar. La cogería por el moño.



CAMPO DE MARTE  
(1929)

LA FORMACIÓN DEL CADETE JAIME se prolongó durante los seis años del confinamiento que Primo de Rivera impusiera a su padre.

Desde el comienzo, el coronel asentó las reglas de su cotidianidad: como padre e hijo, en la vida extramilitar, en las partidas de caza, podían ser camaradas; pero en cuanto se ponían sus uniformes, solo cabía entre ellos una estricta disciplina.

Durante los dos primeros años, Jaime tuvo que pasarse alguno que otro día sin comer, varias noches de imaginaria en el solar, o correr hasta caerse; pero hasta entonces no recibió castigos severos, como los que el coronel solía aplicar en el África.

Fue al tercer año, cuando conoció la severidad del coronel.

Al mes de su retorno, don Ramón mandó erigir en la dehesa, en el extremo más alejado de las viviendas, junto a un meandro del Tormes, lo que él llamaba «la pajarillera». Era una habitación rectangular, de unos seis pasos de largo por cuatro de ancho, de gruesos muros contruidos con piedra y argamasa. Tenía un retrete en el interior y por todo mobiliario un catre de campaña y una mullida butaca de cuero. No tenía ventanas y la entrada era una puerta de hierro compacto.

Era en realidad un calabozo que don Ramón había dispuesto para su propio uso.

A los diecisiete años, don Ramón ya sabía que no era nacido para la vida civil. Desde su estreno en los campos de batalla, cuan-

do viera morir en 1898 a sus hermanos mayores en Santiago de Cuba, el fragor de las armas era lo único que lo apaciguaba. Por eso, cuando el servicio lo mantenía alejado del combate, necesitaba «soltar la pajarilla», como él decía. Su expediente más sencillo era meterse en los tugurios de los barrios de tolerancia y ponerse a beber. Después de la primera botella de coñac, lo mordía una furia malsana y buscaba pleito con maleantes y prostitutas. Solía golpear, herir y romper lo que se le pusiera a tiro.

Era un lenitivo eficaz. Amanecía pacificado y durante un par de semanas, volvía a ofrecer la fachada de su estilo compuesto y austero.

Entre las trifulcas de su estancia en Cataluña, había formado dos de singulares proporciones: en Lérida destrozó una taberna, y en Zaragoza amarró a una prostituta en el cuarto del burdel y la quemó con brasas de cigarrillo. Luego, al chulo de la mujer, que al oír los gritos forzara la puerta del cuarto, lo despojó de su navaja y lo mató golpeándole las sienes con la puntera de sus botas.

La Guardia Civil tapó la cosa, y Arnaiz sólo recibió una severa reprimenda del capitán general. Por eso, al presentarse a la comandancia militar en Salamanca, Bisbal le había prohibido que bebiera en público.

Si quería beber, que lo hiciera en su casa.

Mientras bebiese vino, como hacía a diario en considerables cantidades a la hora de las comidas, o mientras no pasara más allá de una media botella de coñac, los tragos no lo alteraban. Pero sabía muy bien que cuando se excediera, golpearía a su mujer, a los criados, y haría costosísimos destrozos en la finca.

Se le ocurrió entonces construir la pajarillera, y le dio buen resultado.

Ahí se encerraba cuando andaba con «la pajarilla». El término lo había acuñado su abuelo don Esteban Lorenzo, que durante sus crisis, decía sentir en el pecho el «aleteo de una pajarilla enjaulada».

Don Ramón se encerraba entonces con un odre voluminoso repleto de coñac. Nunca introducía botellas ni objetos contundentes. Borracho ya, gritaba como un poseso, asomado a la rejilla de la puerta, insultaba a su mujer y a la servidumbre y reclamaba que le abrieran. A veces, cuando el viento soplaba desde el río,

en la casa se oían sus imprecaciones y blasfemias; y al otro día, a media mañana, Paco recogía la llave que él echara por debajo de la puerta al entrar, y lo despertaba.

Se levantaba en medio de vómitos y escupitajos, con los ojos inyectados en sangre, con náuseas y un dolor fenomenal en las sienes. En ese estado, montaba la jaca que le traía Paco y cabalgaba hasta sentir que se le partía la cabeza. Luego echaba a correr, ahuyentando al ganado de los pastizales y llegaba por fin, anegado en sudor, a un lugar del río donde nadaba un rato.

En invierno corría descalzo, hundiendo los pies en el barro escarchado de la dehesa y se bañaba en las aguas blanquecinas de un remanso.

Santo remedio: a mediodía ya no sentía ninguna molestia. Era un hombre renovado, en paz consigo y con el mundo.

A Jaime le aclaró muy bien que quien entraba a la pajarillera no era su padre, sino un guerrero veterano, urgido de aplacar su añoranza por los campos de batalla. Y ese guerrero había prohibido, con su uniforme puesto y en los términos más claros, que el cadete Jaime no se acercara a la pajarillera cuando él la ocupaba.

Pero una mañana de invierno muy crudo, al salir de su encierro, don Ramón divisó las huellas inequívocas de Jaime, que sin duda lo espiara la noche precedente.

Le impuso como castigo cavar una trinchera de diez metros, con una mochila a la espalda repleta de piedras que pesaban no menos de diez kilos. A media tarde, aquel niño, que no probara agua ni bocado desde el amanecer, cayó extenuado, con las manos y axilas ensangrentadas y llagadas. Aún le faltaba un metro para cumplir el castigo. Pero el coronel lo levantó dos veces a latigazos y lo obligó a concluir el castigo.

Era una sanción frecuente entre los reclutas del Tercio, y Jaime la cumplió como un hombre.

Al otro día, su padre (no el coronel, por supuesto) lo felicitó por su hombría.

Jaime se sintió orgulloso y nunca más desobedeció al coronel.

LOCO DE REMATE  
(Octubre de 1971)

MOACYR DE OLIVEIRA NETO HABÍA SIDO PILOTO de vuelos internacionales en VARIG. En 1965, agentes del Buró de Estupefacientes lo sorprendieron en Nueva York con veinte kilos de marihuana prensada, que portaba en su maletín. Cumplió dos años de prisión y al regresar al Brasil, Varig ya no tenía plaza para él.

Oliveira probó en Aerolíneas Argentinas, Lan Chile, Apsa, Avianca, Pluna, Viasa... Inútil. Ante cualquier indagación, salía a relucir su pasado de traficante.

Optó por permanecer en su país. Consiguió algún dinero y se compró una avioneta Piper, de un solo motor, muy usada. Con ella se dedicó a trabajar en la Amazonia.

Su primer negocio fue el transporte de cigarrillos. Volaba desde las riberas del Amazonas hasta los lavaderos de oro del alto Tapajoz y sus afluentes.

La cajetilla de Continental, que costaba ochenta cruzeiros en Santarem, podía revenderse por mil doscientos en cualquier *garimpo* que estuviera a más de seiscientos kilómetros, Tapajoz arriba. Aquel negocio tenía la ventaja adicional de que los *garimpeiros* pagaban en oro, cuyo valor en la selva era casi un veinte por ciento inferior al de la cotización oficial que abonaba cualquier oficina del Banco do Brasil en las márgenes del Amazonas.

Para todo el que se internara en la selva, las márgenes del río Amazonas constituían entonces la plena civilización. En ciuda-

des brasileñas como Belem do Pará, Parintins, Santarem, Manaus; en la colombiana Leticia; en la peruana Iquitos y en otras poblaciones ribereñas, se disponía de luz eléctrica, vehículos automotores, scotch, chiclets Adams. Pero quien se alejase quinientos kilómetros por cualquiera de los afluentes, hallaría un panorama muy distinto. Para acceder a esas distancias, debía navegar varios días en lanchas de motor, hasta donde se lo permitieran los saltos del río. Luego le sería preciso bogar en canoas durante semanas por territorios palúdicos, poblados de indios hostiles, fieras, alimañas, bajo un clima constante de treinta y ocho grados y con una altísima humedad atmosférica.

Había que ser muy hombre para vivir seis meses en un *garimpo* del alto Tapajoz.

El *garimpeiro* no usaba mosquitero. Dormía vestido, con camisa de manga larga, el cuello abrochado y, a falta de guantes, dos pares de medias en cada pie y en cada mano. Debía envolverse la cabeza en un trapo que le protegiese la cara; porque de nada sirve el tul de un mosquitero donde campea el pium, minúsculo díptero hematófago que atraviesa las más apretadas mallas. Cuando el pium chupa, deja una marquita roja en la epidermis. Roja de sangre fresca, que una vez coagulada se ennegrece; y al cabo de semanas, miles de picaduras dejaban sobre la piel del *garimpeiro*, una costra negra, de repugnante aspecto. Por eso había que dormir de manos y pies enguantados.

Tras las noches de hamaca, mosquito y pium, al *garimpeiro* le esperaban el pico y la pala en la selva tórrida. Su trabajo consistía en desviar el brazo de algún riachuelo y excavar de su lecho la greda aurífera. Luego le tocaba palearla, filtrarla en un rústico canal de madera, donde instalaba varias mallas de distinto grosor. Al impulso del agua vertida en lo alto, separaba primero las piedras, luego la arena gruesa, la fina, la más fina, hasta que, batea en mano, provocaba una líquida danza centrífuga que separaba del oro la última arenilla recalcitrante.

Para palear arena el día entero en medio del vidrioso vapor ecuatorial, alimentado casi sólo con harina de mandioca, había que ser persona sufrida y muy resistente.

El único descanso de la selva lo traía la fiebre. A su llegada, el *garimpeiro* se tendía un par de días en su hamaca, sin tomar

alimentos, porque vomitaría hasta el agua. Y al salir el sol, debilitado por la fiebre y el ayuno, amarillo, ojos sanguinolentos, armado otra vez de pico y pala, se escupía las manos y se encomendaba a Dios.

Su único esparcimiento tenía lugar en las noches de sábado. En los años 60, el *garimpeiro* bebía, reñía, mataba y moría. No le era lícito rehuir el poblado en las noches sabatinas. No beber o quedarse en el *garimpo* no era de hombres; y el que no demostrara su hombría, debía soportar humillaciones.

Sí. En los *garimpos* hay que ser muy macho; como lo era el piloto Moacyr de Oliveira Neto.

Una tarde de sábado, los *garimpeiros* de Ururú vieron la avioneta de Oliveira sobrevolar el poblado. En una playa del río, de apenas trescientos metros de largo, arriesgó su primer aterrizaje en la selva. Salió ileso.

Llevaba dos pacas de cigarrillos Continental. Los vendió esa misma tarde. Ganó una pequeña fortuna, y esa noche aceptó todos los desafíos a beber, dio tiros al aire, lanzó bravatas y fue aceptado.

El piloto Oliveira era hombre. No había problema con él.

Al día siguiente le llovieron los encargos: más cigarros, bebida, ropas, tasajo, y por el precio no habría problema *nenhum*.

*Muito bem!*

Oliveira les llevaría lo que quisieran, pero antes debían prepararle un campo de aterrizaje, porque se podía arriesgar la vida una vez, dos, tres, pero no siempre.

Los *garimpeiros* se comprometieron a quemar una zona plana que él mismo escogió, detrás del poblado. El dueño de la cantina prometió costear el desbroce, limpieza y emparejamiento de la pista; y si el señor piloto le rebajaba un poco los precios, él le compraría todo lo que trajera y le recogería los pedidos.

Así empezó Oliveira su aventura del Amazonas. En los cuatro años que llevaba en el negocio, perdió cuatro avionetas y tres veces hubo de efectuar «arborizajes» forzosos. Estaba vivo de milagro.

En esos cuatro años consiguió que le abrieran quince aeródromos en distintas zonas del territorio amazónico. En 1970, durante su época de mayor prosperidad, obtuvo un crédito del Banco de Fomento de Amazonas y abrió en Manaus las oficinas de la ATO (Aerotransportes Oliveira). Ya sus dos antiguallas Piper,

únicos sobrevivientes de la selva, llegaban de las incursiones muy maltrechas, roncando extenuadas, aligachas, recalentadas, con improvisados parches de esparadrapo en el fuselaje.

Aquel crédito le permitió adquirir la *Sirena de los ríos*, una hidroavioneta Catalina, nueva, en la que tuvo que invertir, además, casi todas sus reservas. Pero la mala suerte quiso que a mediados del 71, durante una incursión por el alto Purús, Oliveira calculase mal la profundidad de unas peñas que se veían desde lo alto, enclavadas en el medio del río. Al acuatizar, la avioneta se hizo trizas entre las peñas y Oliveira se partió una clavícula.

La *Sirena de los ríos* no estaba asegurada. Yace aún bajo las aguas del Purús. ¿Cómo rescatar un avión hundido a quinientos kilómetros de las riberas del Amazonas, en un lugar adonde no llegan grúas ni tractores?

Por esa época logró que un politicastro del gobierno de Castelo Branco hiciera gestiones en Varig para obtenerle el reintegro. Oliveira estaba harto del Amazonas. Tras siete años en vano, lo único que logró salvar de la última catástrofe fue una avioneta monomotor. Además, ya le hastiaba aquella vida ruda, entre forajidos e indios. Empezaba a coger miedo de tanto porrazo. Añoraba la vida cosmopolita, los grandes aeropuertos.

Todo fue en vano: Varig tenía buena memoria y no perdona al traficante.

No tuvo más remedio que regresar a Manaus y tratar otra vez de parar su ATO. Aceptaría todos los riegos. Doble o nada. Si le iba bien, instalaría algún negocio de aviación agrícola en São Paulo o Río.

En octubre del 71 volvió a levantar cabeza. Le salieron bien tres vuelos muy peligrosos pero lucrativos. Logró pagar algunas deudas y ahorrar cuarenta mil dólares. En cuanto reuniera cien mil, se largaría para siempre del Amazonas. Con un capitalito y cuarenta y dos años, aún se podía sacar mucho partido de esta puta vida.

Un día de esos conoció en Manaus al doctor Da Silva, que se presentó en su oficinita para proponerle un negocio.

Da Silva era un carioca, como él, pelirrojo, alto y muy fornido. Representaba unos cincuenta años. Tenía un vozarrón sono-

ro, ojos muy vivaces y pigmentación de escandinavo. Venía acompañado del doctor Zequeira, director del INPA (Instituto Nacional de Pesquisas Amazónicas), a quien Oliveira conocía bien. El INPA, en más de una ocasión, había contratado los servicios de la *Sirena de los ríos* para el transporte de materiales y personal científico del Instituto, que requería desplazarse a distintas regiones del territorio amazónico.

El doctor Da Silva le propuso un negocio singular. Pretendía lanzarse en paracaídas sobre una aldea indígena del Aripuanã, un afluente en la margen derecha del Madeira. Era una aldea de indios bravos, que hasta ese momento rechazaran todos los intentos de aproximación realizados por el Servicio de Protección a los Indios (SPI) y por algunas entidades particulares.

Da Silva bordeaba los sesenta años. No tenía fortuna pero vivía con relativa holgura. Poseía, como únicos bienes, una casa en Río y una finca de treinta hectáreas en el estado de Guanabara, donde descansaba de sus constantes viajes científicos. Etnólogo y lingüista, desde hacía treinta años se dedicaba al estudio de los dialectos amazónicos. Tenía numerosas publicaciones de reconocido mérito internacional. Padeecía de cáncer ganglionar, y unos meses antes el médico le había vaticinado que lo mismo podía durar dos años que diez. No era que tuviera miedo al cáncer o la muerte, pero no quería morir sin antes satisfacer su curiosidad por aquella tribu.

Se trataba de los *mãos de macaco* (manos de mono), uno de los veintitantos grupos tribales amazónicos que aún no tenían ningún contacto con el Brasil de entonces. Se conocía la ubicación de su aldea; los investigadores disponían de fotografías tomadas desde alto, y se tenían referencias de ellos a través de algunas tribus indígenas con las que mantenían una relación esporádica. En el ambiente científico suscitaban animadas controversias sobre su origen.

Según el testimonio de tribus vecinas, hablaban una lengua incomprensible, muy diferente a otras de la región, lo que planteaba una incógnita científica.

Por eso, antes que en la cama de hospital, Da Silva prefería morir en lo suyo. Estaba dispuesto a perecer entre los manos de mono, si así lo quería su destino; pero confiaba en que el des-



censo en paracaídas, su llegada del cielo, podía producirles suficiente impresión como para contenerlos de un flechazo inmediato. Si lo dejaban poner pie en tierra, él contaba con ganar la partida.

Su propuesta era la siguiente: Oliveira lo llevaría hasta el poblado de los manos de mono en su avioneta y Da Silva se lanzaría en paracaídas. Cinco o seis meses después, volvería a recogerlo. Para esa fecha, si Da Silva aún estaba con vida, ya habría preparado con ayuda de los indios un aeródromo para el aterrizaje de la avioneta. Por hacer los dos viajes, Da Silva le adelantaría los cinco mil dólares prometidos por la Fundación Rockefeller si el proyecto se llevaba a cabo; pero si Oliveira conseguía aterrizar en la aldea y rescatarlo con vida, él le entregaría, además, su casa de Río, que valía entre veinticinco y treinta mil dólares. Es decir, si al regresar seis meses después, Oliveira, encontraba un campo de aterrizaje y una señal convenida de antemano, podía aterrizar sin problema, porque Da Silva tendría dominada la situación. De lo contrario, regresaría sin aterrizar. ¿Qué le parecía el negocio?

Bueno, en fin... ¿Qué garantías?...

Da Silva le podía firmar todos los papeles que quisiera, pero según explicó el doctor Zequeira, el piloto podía confiar sin duda alguna en la palabra de Da Silva. Tenía más que suficientes avales morales. El doctor Zequeira lo garantizaba como a sí mismo.

Bien, trato hecho. A Oliveira le bastaba su palabra. En verdad, nadie en Manaus habría puesto en duda el crédito moral de que gozaba el director del INPA en toda la Amazonia.

No obstante, antes de asumir un vuelo de cinco horas y pico en aquella avioneta tan precaria, pidió a Da Silva que le señalara, en el enorme mapa de la Amazonia adosado a la pared de madera, el lugar donde se hallaba la aldea.

Da Silva clavó una tachuela roja en los 7º 27' de latitud sur y los 59º 48' de longitud oeste. El lugar quedaba entre el Aripuanã y el Canumã, dos afluentes de la vertiente meridional del Madeira. Oliveira calculó que, en línea recta, la aldea se hallaba a unos 450 kilómetros al sur de Manaus. El viaje directo, de ida y vuelta era muy riesgoso. Pero en dos etapas sería posible. Debía atravesar primero ciento cincuenta kilómetros de selva hasta salir al

Madeira, a la altura del poblado de Borda, y luego sobrevolar el río hacia el sudoeste. Oliveira conocía bien ese tramo; y para el caso de un fallo en la avioneta, él conocía varias playas del río donde aterrizar. Así podrían llegar a Manicoré, a unos 230 kilómetros al sudoeste de Borba, lo cual sumaba, para esa primera etapa, un recorrido de 380 kilómetros, factible en la avioneta. Ahora bien, de Manicoré hasta la tachuela roja mediaban unos 270 kilómetros. De modo que esta segunda etapa (Manicoré–aldea–Manicoré) representaba 540 kilómetros. También podían hacerse si Oliveira enviaba la gasolina por el río, para tenerla situada en Manicoré.

Bueno..., sí..., 380 más 540, más otros 380 de regreso a Manaus, daban un total de 1320 kilómetros, que en tres etapas podían recorrerse entre ocho y diez horas de vuelo, según el tiempo. Enviar el combustible por el Madeira, en bidones flotantes de plástico, halables por cualquier lanchita con motor fuera de borda.

Sí, *muito bem*, trato hecho. En cuanto el combustible llegara a Manicoré, podrían partir.

Ni una palabra más. ¿Oliveira necesitaba algún dinero por adelantado?

No, doctor, no hacía falta.

Bien, entonces, en unos quince días, a lo sumo un mes, Da Silva formalizaría el contrato con la Rockefeller y le abonaría los cinco mil dólares.

Quedaron en verse a principios de diciembre para organizar los últimos detalles de la partida. A Da Silva le brillaban los ojos de entusiasmo, y a Oliveira de admiración por aquel pelirrojo capaz de saltar en paracaídas sobre un poblado de indios bravos. ¡De verdad que el viejo los tenía bien puestos! Y total, para nada... Exponía la vida y regalaba una casa en Río, solo por sacarse las ganas de averiguar el origen de un puñado de salvajes. ¡Había que estar loco!

Oliveira se asomó a la puerta de su despacho para verlos alejarse en el jeep del INPA. ¡Loco de remate!

Bueno, allá el doctor Da Silva; pero Moacyr de Oliveira Neto no dejaría escapar la excelente oportunidad.

## UN YERRO FATAL

(1929)

EN 1929, CUANDO JAIME DE ARNAIZ acababa de cumplir once años, medía ya un metro setenta y exhibía la corpulencia y el vigor de su padre. Don Ramón, preocupado por la salud del muchacho, lo llevó al prostíbulo de la Rosario, en el arrabal de Santiago, y ordenó que lo atendieran cada vez que llegase, vestido ya de pantalones largos. Tres meses después, él mismo le enseñó a curarse las gonorreas.

A finales de ese mismo año, durante tres días que anduvieron cazando en la Sierra de Gredos, ocurrió un episodio que dejó convencido al coronel de haber formado un hombre de verdad y un gran soldado.

Jaime llevaba a Bracamán, su halcón predilecto, al que destinara años de entrenamiento para convertirlo en la pieza más admirada de la región por los cazadores de altanería.

Desde muy pequeño, Jaime sorprendió al padre con su disciplina y dedicación al manejo de los halcones. Se ratificaba así como un genuino Arnaiz, heredero de la pasión familiar por la cetrería.

Bracamán era un cazador certero. Rara vez se le escapaba una presa; y en los ejercicios de Campo Bermejo con muñecos humanos, era el más ducho en arrancar ojos.

A la Sierra lo acompañaban en esa ocasión su padre, Paco y Rafael Sanchiz. Este último, muchacho de unos quince años, se

presentó una vez en Campo Bermejo como aprendiz de herrero para ayudar en unos trabajos de forja. Allí se quedó, atraído por los tres duros mensuales que le ofreciera el coronel, además de la abundante comida de la finca.

Se quedó para sustituir a Paco, que envejecía ya, como ordenanza de Jaime. Le limpiaba las botas, le conducía la volanta cuando Jaime debía trasladarse a Salamanca, y hacía lo que fuere en servicio del señorito.

El incidente ocurrió mientras don Ramón y Paco seguían tras la jauría, que acosaba a un jabalí. Jaime, con el halcón posado en su antebrazo, ordenó a Rafael que lo siguiera por un sendero donde viera huellas frescas de un ciervo, al que no tardaron en divisar a la distancia.

Rafael quedó apostado en una encrucijada. Distraído, contemplaba unos mirlos, cuando vio brincar detrás de unas peñas otro venado grandísimo, que de seguro no era el que rastreaban.

Aunque tenía instrucciones de tocar el cuerno y no disparar, excitado por el volumen del animal, y convencido de que Jaime no lo había visto, disparó en el momento en que Bracamán se precipitaba aleteando sobre la cornamenta; y con tan mala puntería, que mató a Bracamán y dejó escapar la pieza.

Cuando Jaime llegó al lugar y comprendió lo sucedido, con su propio fusil mató a Rafael de un tiro en el pecho. Tal era su furia que fue hasta el campamento, desierto en ese instante, cogió una sogá, regresó al lugar donde yacía su ordenanza y lo ahorcó de un álamo negro, mientras profería blasfemias e izaba el cadáver con un vigor iracundo.

Llegado en ese momento, el coronel se impuso de lo ocurrido y en el acto ordenó a Paco cavar una fosa y enterrarlo, no sin antes advertirle que si comentaba algo sobre aquel incidente, le haría arrancar los ojos por un halcón.

Una vez más, el coronel quedó convencido de que su hijo sería un gran soldado.

SECOND REPORT  
(15 de octubre de 1971)

DATE: 15<sup>th</sup> October 71  
 FROM: Anna 497-F01  
 TO: Lennox 623-H07  
 CRYP: FLU: 204669  
 SUBJECT: TAP TEA  
 15<sup>th</sup> October 71

ENTRE LOS MESES DE ENERO Y OCTUBRE del presente año, conforme a lo acordado en nuestra reunión del 18 de enero, se fragmentó la investigación del Tap Tea en cuatro líneas de trabajo, con los siguientes objetivos:

A.

Investigación fitoquímica de las hojas del TT (Tapajoz Tree), como punto de partida para un amplio estudio farmacológico, conducente a aislar la sustancia inductora del sueño REM (estado de hipnosis).

B.

Estudio en líquidos corporales y diversos tejidos de animales y humanos, con el objetivo de determinar los procesos residuales y acumulativos generados por el consumo del Tap Tea.

C.

Estudio a gran escala de los mecanismos y procesos de habituación a la droga, como paso previo al estudio de sus posibles índices de adicción, con miras a establecer precisiones cuantitativas.

D.

Ahondar en el conocimiento médico-farmacológico de los puntos 3 y 5 de las conclusiones generales formulados en nuestro primer informe del 8 de enero; es decir, en el alcance

cualitativo y cuantitativo de la inducción del sueño REM, y en los mecanismos que provocan la fuerte amnesia del momento hipnótico, constatada en la primera tanda de experimentos con humanos.

NOTA: Hemos desechado, por el momento, el estudio de los procesos corticales que determinan el bloqueo selectivo de las aferencias, generado por el consumo de la droga; y ante la necesidad de avanzar hacia el conocimiento de la inducción hipnótica, hemos aplazado también el estudio de otros aspectos del protocolo, aconsejables en esta etapa.

#### RESULTADOS DE ALGUNOS EXPERIMENTOS EFECTUADOS DE CONFORMIDAD CON LAS LÍNEAS DE TRABAJO YA DEFINIDAS.

##### A.

Con respecto a este primer punto, aún no se ha logrado aislar la sustancia inductora del sueño REM. Excluimos de este informe la descripción de las diferentes investigaciones fitoquímicas emprendidas, por tratarse de una materia muy técnica y difícil de expresar en términos simplificados. No obstante, se ha avanzado en esta línea más de lo previsto y hay razones para albergar esperanzas de éxito a no muy largo plazo. Hasta el momento se han sacrificado ciento setenta y cuatro animales de laboratorio, entre ellos treinta y seis mamíferos superiores; y se efectuaron experiencias con tres seres humanos desahuciados por enfermedad.

##### B.

En esta línea se ha avanzado muy poco. Hasta que no se aísle la sustancia referida en A, no será posible emprender el estudio de los procesos residuales y acumulativos. Sin embargo, algunas observaciones clínicas permiten suponer que se trata de una droga de depósito, notable por sus efectos acumulativos, acción

persistente y autopotenciada en relación directa con la duración del tratamiento.

c.

Con respecto a este punto se han dado los siguientes pasos:

EXPERIMENTO 16 (Marzo–mayo de 1971)

So pretexto de combatir el paludismo se suministró, desde el 12 de marzo, media onza de Tap Tea a cien soldados de una división de infantería de marina acantonada en Viet Nam. Tras repetir el mismo procedimiento aplicado a los cuatro sujetos de la cárcel de Indiana (cf. EXPERIMENTO 3 del 11.XI.70), se obtuvieron los siguientes resultados: el 94% de los sujetos logró consumir, sin náuseas ni malestares, cuatro onzas diarias de Tap Tea, a partir del 25<sup>o</sup> día del período de habituación. El 6% restante hizo rechazos alérgicos de diverso tipo: reacciones cutáneas, malestar estomacal, diarreas persistentes y otros.

CONCLUSIÓN:

La habituación a un consumo de cuatro onzas diarias es relativamente asequible en un alto porcentaje de los sujetos al cabo de un período que oscila entre tres y cuatro semanas.

NOTA: Hemos escogido la dosis de cuatro onzas porque genera, como promedio, un sueño REM de unos veinte minutos, que puede constituir la duración ideal para las tareas a que se destinaría la droga.

EXPERIMENTO 17 (Mayo–octubre de 1971)

A cincuenta soldados, escogidos del grupo participante en el experimento 16 y que debían mantenerse acantonados en la misma zona por lo menos nueve meses más, se les suministró la droga a razón de cuatro onzas por toma, pero ya no en dosis diarias, sino semanales. El 17 de mayo comenzó el tratamiento y el 1 de octubre se les suprimió de súbito el

suministro. En las dos semanas transcurridas hasta hoy, ninguno ha presentado anomalías de interés experimental.

#### CONCLUSIONES

Como distintas observaciones clínicas permiten suponer que se trata de una droga de depósito, es posible que, si genera adictos, las consecuencias patológicas de la supresión violenta del fármaco no produzcan efectos notorios hasta que transcurra más tiempo. Los sujetos se mantienen en observación a la espera de resultados ulteriores. Faltan elementos para pronunciarse sobre este punto.

D.

Esta línea de trabajo, sin duda la más apremiante para una evaluación primaria de la droga en su efectividad estratégica, se ha abordado en pos de tres objetivos, definidos de la manera siguiente:

D-1.

Comprobar sobre un gran número de sujetos si, en efecto, la amnesia del momento hipnótico actúa en todos los casos.

D-2.

Determinar si los sujetos cumplen las órdenes posthipnóticas, incluso mucho tiempo después de recibirlas.

D-3.

Determinar hasta qué punto los sujetos son capaces de cumplir órdenes posthipnóticas que contradigan gustos y convicciones.

En tal sentido, se procedió de la siguiente manera:

EXPERIMENTO 19 (Objetivo D-1) para comprobar la amnesia lacunar sobre un gran número de sujetos escogidos entre presidiarios y soldados, se preparó la siguiente secuencia:

Primera sesión: Música popular de moda.

Segunda sesión: Chistes breves.

Tercera sesión: Relatos eróticos excitantes, con voz de mujer.



Cuarta sesión: Transmisión de un match de box.

Quinta sesión: Anuncio alarmante de un ataque nuclear.

Sexta sesión: Amenaza de castigos y torturas corporales.

NOTA: Todas estas experiencias se realizaron en locales aislados. Ningún sujeto supo que fue objeto de un estudio especial. No hay lugar en este informe sucinto para describir en detalle la experimentación D-1, practicada durante seis sesiones con ciento setenta y ocho sujetos. (Ver separata Cryptograph 11-R37)

D-1, CONCLUSIÓN PARCIAL:

Un 92 % de los sujetos sometidos al Tap Tea olvida en absoluto lo que se les dice durante el sueño REM.

EXPERIMENTO 20 (Objetivos D-2 y D-3) Marzo-agosto de 1971.

A un ingeniero civil de cuarenta y cinco años, que recibe atención psiquiátrica por trastornos del carácter y conflictos matrimoniales, se le acostumbró en diecisiete días a ingerir una vez por semana cuatro onzas de Tap Tea, so pretexto de iniciar un nuevo tratamiento. Este experimento tenía el doble objetivo de indagar si los sujetos cumplían las órdenes o sugerencias impartidas durante el sueño REM, incluso varios días o semanas después, y si cumplían, además, órdenes que atentaran contra sus gustos o principios. Se observará que las órdenes fueron graduadas según el índice de rechazo que podían generar en el paciente, cuya vida íntima se conocía a través del psiquiatra que lo trataba.

A.

El 22 de marzo se le sugirió que cambiara el color verde de la cerca de su jardín, por gris perla. Cumplió la orden el 4 de abril.

B.

El 25 de marzo se le ordenó que asistiera todos los domingos a misa. El paciente era católico, pero desde niño no asistía a los servicios religiosos. No obstante, desde el domingo siguiente comenzó a asistir con regularidad a la iglesia, sin faltar hasta el presente. Declaró el psiquiatra que no lo guiaba ningún ataque de misticismo, sino el agrado de estar allí, oír el órgano, acordarse de su infancia. Además declaró que lo reconfortaba el rezar un poco.

C.

El 28 de marzo, seis días antes de que se iniciara la Semana Santa, se le ordenó que realizara un ayuno total durante el Viernes Santo, Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección. Cumplió al dedillo con el ayuno. Algún tiempo después explicó al psiquiatra que no se explicaba muy bien el motivo, pero suponía que el ayuno religioso era un pretexto para bajar de peso, pues se sentía gordo.

D.

El 14 de abril se le ordenó que el día del cumpleaños de su esposa la invitara a comer ancas de rana en un restaurante elegante y luego la llevara a bailar a un cabaret. Se sabía que la mujer del paciente adoraba dicho plato y siempre se quejaba de que su marido no supiera bailar. Por su parte, él aseguraba que vomitaría de solo ver las ancas en la mesa. Era además un caso de timidez patológica. No bebía, no fumaba y siempre mantuvo que el baile le parecía una estupidez. Cumplió la orden a medias. En efecto, el 17 de mayo invitó a su mujer a comer pero no se atrevió a pedir ancas de rana. Declaró al psiquiatra que cuando tenía la carta en la mano estuvo a punto de ordenarlas y sorprender a su mujer, pero sintió deseos de vomitar y se abstuvo. Durante la comida bebió como nunca, y al salir acudió embriagado a un cabaret, donde bailó con su esposa una pieza tras otra hasta la madrugada.

da. Atribuyó su actitud al propósito de propiciar una reaproximación de la pareja.

E.

El 12 de mayo se le ordenó que se tomara una semana de vacaciones durante la cual debía hacer algo insólito, que divirtiera y escandalizara un poco a su familia. Se le sugirió que practicara un orificio en el lóbulo de la oreja izquierda y se colgara un arete. Entre el 6 y el 13 de junio tomó las vacaciones, pero ni se abrió el hueco ni se enganchó el arete. Hasta el momento no ha tocado el tema con el psiquiatra. No cumplió la orden.

F.

El 15 de junio se le ordenó que apareciera desnudo en el cuarto de su cuñada soltera, por la cual, según confesara al psiquiatra, sentía una violenta atracción, siempre reprimida. Cumplió al punto la orden el 2 de julio. A los tres días comentó el incidente con el psiquiatra. Le explicó que a medianoche había sentido un gran desasosiego y se levantó para tomar un sedante; pero se puso a beber y, borracho ya, se desnudó en el baño y se introdujo en el cuarto de la cuñada, con un inesperado éxito. Luego, atormentado por el remordimiento, consultó al psiquiatra si debía contar el incidente a su mujer. El médico lo disuadió y nos declaró que el paciente se sentía maravillado y orgulloso por su insólita aventura.

G.

El 7 de julio se le ordenó que envenenara al gran danés de su vecino, un hermoso animal por el que el paciente sentía una gran simpatía. No cumplió la orden ni comentó nada con el psiquiatra.

H.

El 6 de agosto se le ordenó dejar caer azul de cobalto en la pila del agua bendita de la parroquia donde asiste a misa. Cumplió la orden y comentó con el psiquiatra que luego había confesado su pecado.

Siete psiquiatras nuestros, en diversas ciudades del país, efectuaron experimentos análogos con cincuenta y dos pacientes. Todos fueron tratados mediante secuencias de órdenes posthipnóticas, preparadas en cada caso conforme a los gustos personales, esquemas morales e ideológicos de los pacientes.

#### ANÁLISIS CUANTITATIVOS DE LOS RESULTADOS:

Se evidenció que la mayoría de los sujetos cumple con puntualidad las órdenes, en algunos casos impartidas varios meses antes.

1.

El 98% cumplió las órdenes sencillas del tipo *a* (pintura de la cerca), que no entrañan esfuerzos ni la violación de sus principios o gustos.

2.

El 86% cumplió órdenes del tipo *b* (asistir a misa), que no contradicen principios pero constituyen una incomodidad.

3.

El 78% cumplió órdenes del tipo *c* (ayuno de tres días), que aunque coinciden con los principios del sujeto, no son de su gusto y demandan un sacrificio físico considerable sin aparente sentido.

4.

El 28% cumplió órdenes de tipo *d* (bailar, comer ancas de rana), que demandan superar la timidez del sujeto o inhibiciones orgánicas casi incontrolables (vómitos y diarreas).

5.

El 32% cumplió órdenes del tipo *e* (ponerse aretes de gitano), que si bien no contradicen principios morales, demandan una fuerte violación del gusto y del comportamiento social del sujeto.

6.

El 92% (!) cumplió órdenes del tipo *f* (aventura en el cuarto de la cuñada), que violan una ética primaria pero dan libre curso a la satisfacción de fuertes deseos reprimidos.

7.

El 8% cumplió órdenes del tipo *g* (envenenar a un perro amigo), que violan sin justificación vínculos afectivos muy propios de un ser humano.

8.

El 4% cumplió órdenes del tipo *h* (profanación escatológica), que por su carácter sacrílego o antipatriótico, o por contrariar sentimientos muy arraigados en el individuo, repugnan a la mayoría de los seres humanos.

#### CONCLUSIÓN GENERAL:

Desde el punto de vista de un futuro empleo de la droga, lo más significativo es el comportamiento de los sujetos ante órdenes del tipo *f* (aventura con la cuñada). Ese 92% de cumplimiento de la orden evidencia que el Tap Tea actúa como un fortísimo liberador de instintos y deseos reprimidos.

Llegaba por fin la hora de Pat O'Flaherty. Tarde o temprano los farmacólogos aislarían la sustancia inductora de la hipnosis; y si esa sustancia lograba que un 92% de los sujetos incurrieran en la audacia del tímido que se tiró a la cuñada, él instrumentaría la forma justa para detectar y exacerbar deseos reprimidos donde se le antojase. Con esa droga en sus manos y algunos años de aplicación sistemática, él haría caer a mucha gente. Gobiernos enteros se derrumbarían, como en la casa Usher.

Esa noche, acostado boca arriba y con las manos cruzadas bajo la nuca, desvelado de excitación, decidió que su plan se llamaría USHER. Necesitaba dos expertos: un semiótico y un marxólogo. El marxólogo sería Max Weiner, a su juicio el mejor de la Agencia, y el semiótico sería el propio Pat. Ya verían sus detractores y los analfabetos del *staff* para qué servía la semiótica.

Por el momento, lo importante era que el *boss* supiera y no supiera. Pat no se arriesgaría a esconderle información, pero tampoco cometería la estupidez de darle a oír los casetes con los cryptos del doctor Willoughby. Si escuchaba el último, se entusias-

maría con las posibilidades del fármaco y de seguro lo despilfararía en un sartal de zonceras. Eso era lo que Pat no pensaba permitir. El fármaco debía reservarse para una maniobra de altura: el plan USHER, la operación de inteligencia más grande del siglo.

Por el momento, lo mejor sería abrumar al *boss* con una documentación muy técnica, voluminosa, aburrida. El *boss* detestaba leer y eso lo induciría a pedirle detalles muy escuetos, que él le referiría de viva voz y a su modo, mientras ganaba tiempo para diseñar USHER. Como semiótico y cubanólogo, Pat estaba en inmejorables condiciones para proponer un experimento piloto. Cuba era un país pequeño y el experimento se podría iniciar allí con pocos recursos.

Esa noche, Pat O'Flaherty decidió que al otro día hablaría con Willoughby y le pediría un exhaustivo informe sobre la investigación fitoquímica, un ladrillo intransitable para el *boss*. Después hablaría con Max Weiner. Ese gallo se entusiasmaría sin duda con lo que él le revelase sobre el fármaco. Y entre los dos, aunando marxología y semiótica, diseñarían el plan USHER.

Tal como le enseñaran los jesuitas, cerró los ojos, creó en su mente una *tabula rasa* y a los pocos minutos logró dormirse.

EL JOVEN DE LA CARA CORTADA  
(12 de octubre de 1936)

UN MORENO VEINTEAÑERO, DE PEQUEÑA ESTATURA y facciones armoniosas, con una cicatriz desde la sien hasta la base de la oreja, entra al paraninfo abarrotado. Viste la camisa azul de los falangistas y lleva un maletín bajo el brazo. Los custodios le abren paso sin mirarlo. Están pendientes del discurso de Millán Astray, que blande, conminatorios, los dos únicos dedos de su única mano.

—...Por eso digo que un cáncer, el cáncer de los rojos, ha contaminado el cuerpo de España. ¡No a otra cosa responde la traición de los vascos y catalanes!

Miguel se rasca la barba.

Don Miguel se tironea la punta de la pera.

Don Miguel de Unamuno y Jugo se muerde el bigote.

Pesan los años en sus canas hirsutas; pero solo en sus canas. Honda y viva la mirada, labios firmes, mentón gallardo, el brillo resonante de sus pómulos y su gran nariz clásica, revelan aún mucho de esa lozanía altanera de los labradores vascongados.

Respira con vigor, yergue la cabeza. Sobre el aro de sus anteojitos redondos arquea una ceja negra. Las muecas de Millán Astray y sus ademanes incompletos han sugerido a Unamuno la docta reflexión de que en ninguna de las lenguas que él conoce, ni siquiera en griego, existe un sustantivo para expresar la vergüenza que se siente ante el ridículo ajeno. ¿Estaría el obispo Plá y Deniel sintiendo algo semejante? Unamuno no lo ha visto nun-

ca tan encogido, con la cabeza tan gacha, como si quisiera escurrirse bajo la púrpura de su mitra, con la que emula el rostro amaratado, ¿de vergüenza?, ¿de temor?

El bárbaro sigue insultando a vascos y catalanes. Unamuno revisa las lustrosas togas de los miembros del claustro. Piensa que algunas, por lo gastadas, merecían colgarse junto a los tapices de las paredes. Ahora pasea la mirada por el recinto. Ha decidido distraerse y no prestar oídos al discurso. Es una vieja receta de la oratoria ciceroniana contra la cólera, enemiga de esa lucidez que él necesita para replicar a Millán Astray y su bando.

Su mirada se detiene por fin en el joven de la cara cortada, que camina apretando su maletín por un pasillo lateral. No sabría decir qué, pero intuye algo dramático en aquella figura menuda. La camisa azul le queda grande y muy suelta. Unamuno observa que los demás la usan ceñida. Entonces se pone a contar camisas azules, y no ha llegado a diez cuando de pronto, en la tercera fila, se levanta un coronel canoso, muy enjuto y de elevada estatura, para celebrar algo que ha dicho Millán Astray, y grita con saña:

—¡Viva la Muerte!

Unamuno conoce esa consigna. Sabe que es creación personal de Millán Astray, pero no esperaba oírla esa mañana.

Muchas voces broncas, excitadas por el discurso, atruenan en el paraninfo.

Los requetés observan. Algunos miembros del claustro, sentados en sus cátedras de paño carmesí, entrecruzan miradas pero nada dicen. Están inquietos. También lo están, y muy saltarinas, las borlas de colores en lo alto de los birretes académicos.

El estudiantado salmantino guarda silencio.

Unamuno observa los instrumentos de la banda, que al fondo del recinto espera la hora de los himnos. Muy cerca de los músicos, vuelve a enfocar al joven de la cara cortada, que se pone de pie para aplaudir.

Millán Astray ha elevado desmedidamente el tono. Unamuno reflexiona sobre el linde semántico entre gritar, vociferar y chillar.

—...solo el fascismo y el ejército pueden devolver a España su salud...



El general Millán Astray es un gallego coruñés, al que le falta un ojo, un brazo y otros pedazos de cuerpo que ha ido soltando aquí y allá, durante su largo noviazgo con la muerte. Su vesania le dio a conocer en la guerra de Marruecos, donde entrara a saco en muchas cabilas y ciudades. Las bayonetas del Tercio, por él fundado, ensartaban en el aire los cuerpecitos de los niños bereberes. Expuestas en los zocos del Rif, se pudrían las cabezas de los partidarios de Abd el-Krim.

A oídos de Unamuno ya habían llegado los ecos de la represión desatada por la soldadesca de Millán Astray en el suelo de España. Pero, ahora, sus ojos que se abrieran al mundo bajo el cañoneo de la segunda guerra carlista, presencian, en el ocaso de la vida, ese akelarre que lo escarnece como español, como humanista y como rector de la más célebre universidad del mundo hispánico.

¿Tendrá que callar? ¿Callar un 12 de octubre, Día de la Raza? ¡Qué equivocado había estado al comentar que el fascismo «era algo de vistosa apariencia, pero vacío»! Ahí lo tenía ahora, mondo y lirondo, ¡pleno de contenido!

¿Qué pensaría el obispo? ¡Bah! Su ilustrísima sigue con la cabeza gacha y la vista fija sobre la amatista de su anillo episcopal. Más allá, Carmen Polo, la mujer de Franco, simula no darse cuenta de las diatribas de Millán Astray y dialoga con el gobernador civil.

En las pausas del discurso, se desgañita un puñado de legionarios. Son la tropa escogida del general. Sus rostros morenos, achicharrados en los desiertos africanos, son ahora verdes, azules, amarillos. En la penumbra iridiscente que baja de los ventanales, aquellos visajes homicidas se tiñen de una santidad primitiva.

A la izquierda se destacan algunas boinas rojas de los monárquicos requetés; y dispersos en todo el ámbito, los camisas azules de Falange, que corean, frase a frase, el discurso de Millán Astray.

—...por culpa de los vascos —«¡TRAIDOOOOORES!»— ...y de los catalanes —«¡COBARDES!»— ...y de los rojos, que emponzoñan el cuerpo de España.

Tras las palabras finales se adelanta un camisa azul y con el brazo en alto, a la usanza fascista, saluda un retrato de Franco, bajo palio, colgado en la pared central en la que poco antes ornaba una alegoría de la República. Todo el recinto se pone de pie, y durante varios minutos solo se oye el estruendo silábico de ¡FRAN-CO, FRAN-CO, FRAN-CO...!

Unamuno no corea. Es el único que no se pone de pie y mira de frente al público con indisimulado desprecio.

Ahora ve que el joven de la cara cortada ha abandonado su asiento cerca de los músicos y avanza por el pasillo del medio. Otra vez necesita Unamuno obligarse a una serena reflexión, a pesar del vocerío: ¿Qué golpes tan terribles habría en la vida de aquel joven? ¿De qué estaría huérfano? ¿Qué turbiedades de su alma lo habrían vestido de camisa azul? ¿Sería aquella cicatriz, en contraste con la delicadeza de sus rasgos, lo que imprimía tanto fanatismo a su rostro imberbe? En su juventud, en su piel sonrosada, le pareció distinguir un odio más emprendedor que el del bruto de la tercera fila, partidario de la muerte.

Pero, olvídate ya del chaval. Acabados los rebuscos del bruto en jefe, a ti te toca ahora. Háblales, Miguel. Tú presides este acto. Es el Día de la Raza y tienen que oírte. Levántate, vamos, la tribuna te espera. ¿Ves? Ya te hacen silencio. Guárdate el discurso que traes preparado. Háblales de lo único que puedes hablar en este día. Denúncialos. Tú no les temes. Pero... no querrán oírte. Quizá ni te dejen hablar... ¡No importa! Oblígalos a que se callen; pero el mundo ha de saber que tu raza no ha renunciado a las ideas. Ve. Sereno. Pero aguarda..., aguarda a que el silencio sea total. Mientras tanto, míralos. Ahí lo tienes. ¡Y pensar que en julio dijiste que encabezaban «una revuelta por la civilización»! ¡Ay, Miguel! Esa sí se la debes a tu pueblo. Ea, empieza ya. Aunque te fusilen, paga tu deuda, Miguel.

—Todos vosotros estáis pendientes de mis palabras. Todos vosotros me conocéis y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. No he aprendido a hacerlo en los setenta y tres años de mi vida, y ahora ya no quiero aprender.

Unamuno se ha dirigido a los miembros del claustro, sentados en las filas laterales, que lo escuchan con unción y temor. Aho-

ra, su rostro aceitunado se alza hacia los estudiantes que ocupan la parte más alejada del estrado.

—A veces, callarse equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia; y yo no podría sobrevivir a un divorcio entre mi conciencia y mi palabra, que siempre han sido una pareja muy unida.

Unos estudiantes comienzan a aplaudir. Muchas manos se crispan para refrenar el imprudente afán de imitarlos.

El joven de la cara cortada, que ha seguido el acto agachado en el pasillo, se pone de pie. A su lado, el coronel canoso y un jefe de Falange, señalan a los estudiantes con ánimo de que otros los vean. Varios índices los marcan.

Unamuno yergue la cabeza y adopta un tono altivo.

—Seré breve. La verdad es más verdadera cuando está desprovista de adornos y palabrerías. Quiero hacer un comentario sobre el discurso, por llamarlo de algún modo, del general Millán Astray, que está aquí entre nosotros. Hagamos a un lado la afrenta personal implicada en sus denuestos contra vascos y catalanes...

—¡Traidores! —grita el coronel canoso.

Muchos le hacen coro. Recomienza la rechifla y el pataleo, pero Millán Astray, desde el estrado, les impone silencio. Le interesa lo que va a decir el rector. ¿Se traería algo guardado?

—Yo nací en Bilbao. Más tarde me casé con esta ciudad de Salamanca, tan querida; pero nunca he olvidado mi ciudad natal. Y el obispo, gústele o no, es un catalán de Barcelona. Pero ahora he oído el insensato y necrófilo grito de «viva la muerte», que para mí es equivalente al de «muera la vida»; y yo, que me he pasado la vida componiendo paradojas que excitaban la ira de los que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esa ridícula paradoja me repugna. Y puesto que la proclamaron en honor del último orador, tan solo puedo explicármela al suponer que iba dirigida a él, aunque de una manera excesiva y tortuosa; como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte.

Un rugido estremece los cristales del recinto. Falangistas y soldados ya no caben en sus asientos. Comienzan a aglomerarse en los pasillos; pero Millán Astray se pone de pie y los acalla con ademán tajante. Quiere saber hasta dónde llegará Unamuno. Tiem-

po habría para ajustarle cuentas si se propasaba. Ya verían los inteligentes lo que era meterse con un soldado de verdad.

—Ahora pasemos a otros asuntos.

Unamuno hace otra pausa. Se coge el mentón y mira al techo, como buscando ideas entre los artesones salmantinos.

¿Así que otros asuntos, eh? Ya suponía Millán Astray que el muy hipócrita iba a dar marcha atrás. Sin duda, ahora trataría de arreglar el desliz; y tras las consabidas pamplinas sobre Cristóbal Colón y tal, acabaría elogiando al propio...

—¡El general Millán Astray es un mutilado!

¡¿Cómo, cómo?! ¿Y eso? Aquellas palabras lo excitan como un guantazo en su rostro monóculo.

—Sí, un mutilado; digámoslo sin bajar el tono. Es un inválido de la guerra...

—¡También lo fue Cervantes! —grita un falangista.

El joven de la cara cortada amenaza a Unamuno con el puño.

El guardaespaldas de Millán Astray, recostado en la pared tras su sillón, pone la metralleta a punto. El coronel canoso encabeza una rechifla, pero esta vez lo acallan los camisas azules. La mayoría quiere oír en qué para aquel discurso tan temerario.

—Sí, también lo fue Cervantes; pero los extremos no constituyen regla: se escapan de ella. Por desgracia hay muchos inválidos en la España de hoy; pero muy pronto habrá muchísimos más, si Dios no nos ayuda. Me atormenta que el general Millán Astray pudiera dictar las fórmulas para la psicología de las masas. ¡Eso sería horrible! Un inválido carente de la grandeza espiritual de Cervantes (que fue un hombre viril y completo a pesar de sus mutilaciones); un mutilado, repito, que carezca de grandeza en el pensamiento, puede encontrar un alivio ominoso viendo mutilados en derredor. Y el general Millán Astray no es una mente selecta, aunque sea impopular; o mejor dicho, por esa misma razón, porque es impopular. El general Millán Astray quisiera crear de nuevo España; una creación negativa, a su imagen y semejanza; y por esa razón, quiere ver a España mutilada, como sin querer nos lo ha dicho.

En este punto, el general Millán Astray no puede contenerse más y grita, fuera de sí:

—¡Muera la inteligencia!

Un miembro del claustro se pone de pie y replica:

—¡Que viva la inteligencia!

Todo el mundo se pone de pie en el estrado. Varios profesores togados se agrupan junto a Unamuno. Legionarios y camisas azules rodean a su héroe ultrajado.

En la sala vuelve a resonar el vozarrón del coronel canoso:

—¡España!

—¡¡¡Una!!! —corean muchas voces.

—¡España!

—¡¡¡Grande!!!

—¡España!

—¡¡¡Libre!!!

Algunos que habrían preferido no adherirse, mueven los labios. No se atreven a quedarse callados.

En la sala, otros camisas azules amenazan a los estudiantes, que poco antes vivaron al rector. En ese momento, el joven de la cara cortada se desabotona una manga y palpa, sin desviar los ojos de Unamuno, la empuñadura del estilete que lleva amarrado al antebrazo.

Carmen Polo hace una seña a la guardia de Palacio que la acompaña, y ellos obligan a despejar el estrado.

Cuando Millán Astray se sienta, la sala lo imita. Cesa el voce-río. A todos importa saber ahora, hasta dónde es capaz de injuriar al general aquel suicida que toma sorbitos de agua, con calma y pulso firme.

Los falangistas presienten un soberbio espectáculo. Tal como ha puesto las cosas Unamuno, el impulsivo general puede hasta descerrajarle un pistoletazo en la cara. Los legionarios aguardan expectantes. Muchos han palidecido. Pero nada pueden hacer. Si por ellos fuera, destrozaban el paraninfo; pero saben que el general fusilaría al que le robase la iniciativa contra el rector.

Dueño de un aplomo desafiante, Unamuno se seca los labios con un pañuelo. Sin un solo temblor en la voz, augural la mirada, prosigue:

—Porque en este templo del intelecto, yo soy el sumo sacerdote; y vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Pese a lo que puedan decir los proverbios, yo he sido siempre un profeta de mi tierra; y como tal, os digo que venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no con-

venceréis porque convencer significa persuadir; y para poder persuadir, necesitaréis lo que no tenéis, la razón y el derecho en la lucha. Considero fútil exhortaros a pensar en España.

Lentamente, acompañado de un profesor que se levantó para cogerlo del brazo, comienza a descender los peldaños el anciano rector, entre invectivas y amenazas de prisión y de muerte. Junto a ellos sale también Carmen Polo con su escolta, que cierra guardia y les abre camino. Junto a la balaustrada y en los accesos de los pasillos, se apiñan muchos oficiales y los jefes de Falange, que ocupaban las primeras filas. Algunos se han trepado a los escaños; otros, tratan de interpretar los puñetazos que sacude Millán Astray sobre la mesa, mientras habla al gobernador civil y señala el retrato de Franco y a los miembros del claustro.

Cuando el joven de la cara cortada ve pasar a Unamuno a la distancia de dos pasos, se aferra al mango del puñal y lo hunde entre las costillas del coronel canoso, que delante de él vociferaba insultos.

La puñalada le corta el resuello y cae sentado sobre un escaño. Antes de que se advierta el atentado, el joven de la cara cortada gana la calle, confundido con el grupo de falangistas que esperan la salida de los estudiantes y partidarios del rector para golpearlos.

Era el 12 de octubre de 1936.

Dos horas después del acto, Franco dictaba en Burgos la orden de fusilamiento inmediato, si la ofensa se tenía por grave. Alguien más avisado demostró a Millán Astray que eso dañaría el prestigio del naciente Movimiento de Salvación.

Nadie se atrevió a tocar a Unamuno, y desde el mediodía quedó confinado en su casa de la calle de Bordadores.

También a mediodía expiraba en el hospital el coronel canoso.

De un banco del pasillo por donde trasladaron el cadáver hacia la morgue, se levantó una campesina. Un pañuelo negro, anudado al mentón, le cubría parte del rostro. Llevaba un envoltorio bajo el brazo.

Poco después, mientras el envoltorio se hundía en el Tormes gentil, ella pensaba en su madre, solita en la aldea minera.

Hacía catorce meses que no la veía; y ahora, el haber salido con vida, el estar en libertad, la urgían a volver junto a ella.

Ya podía hacerlo.

Ya le había cobrado al coronel sus muertos, su cicatriz y su honra. Cuando volviera a Asturias, hasta podría aceptar un marido que la ayudara a dar buena vejez a la madre.

¡Ojalá, ahora, por fin, sus tres muertos la dejaran dormir!